



Lou Carrigan

¡QUE LINDA ESTAS MUERTA, NENA!





LOU CARRIGAN

**¡QUE LINDA
ESTAS MUERTA,
NENA!**

Colección LA HUELLA n.º 32
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 16123-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: junio, 1975

© Francisco Bruguera - 1975

© Cubierta: Salvador Fabá - 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

De mediana estatura, esbeltísima, increíblemente delgada su cintura, rubita, de ojos verdes..., y casi increíble también todo lo demás, la damita entró con paso decidido en la Delegación del FBI de Miami, llevándose tras ella un montón de ojos desorbitados y dejando abiertas docenas de bocas.

No era para menos.

Pero la damita no parecía recordar que podía ocasionar tal cantidad de taquicardias, de parálisis en ese órgano estúpido e independiente que llamamos corazón. De modo que, como si tal cosa, fue preguntando a unos y a otros «por el tipo que daba las órdenes en aquel lugar».

Y así, con su pasito menudo y vivo, casi tan exótico como el de una oriental, la damita, dejando atrás veintinueve enamorados a primera vista, llegó al antedespacho de Isaac Donner..., que era «el tipo que daba las órdenes allí, en aquel lugar», al que la gente vulgar llamaba Delegación del FBI.

La secretaria de Isaac Donner era un bombón. Pero al lado de la damita visitante parecía una chufa junto a un melocotón. La más birria de las chufas junto al más hermoso de los melocotones.

Por eso miró con lógica animosidad a la damita.

—¿Diga?

—Me han dicho que el jefe de esto se llama Donner.

—Así es.

—Bueno. Quiero verlo.

—¿Solo o con soda?

La ironía no hizo mella en la preciosa visitante.

—Solo.

—Tendrá que esperar.

—¿Por qué motivo?

—Por muchos... ¿Su nombre, por favor? La anunciaré al inspector Donner.

—Rae Kelly. Y dígame que es urgente.

La secretaria accionó una palanca del *intercom*, y se oyó la voz bronca y dura de un hombre.

—¿Sí, Lulu?

—Hay aquí una señorita llamada Rae Kelly que solicita verlo... con toda urgencia, señor.

—¿Qué quiere?

—Un momento... —Lulu miró a la damita—. ¿Cuál es el asunto, señorita Kelly?

—Rapto.

Lulu no se inmutó.

—Rapto, señor —dijo.

—Ya lo he oído. Que pase, Lulu.

—En seguida, señor.

Cortó la comunicación y señaló la puerta del fondo.

—Ahí.

—Gracias.

Rae Kelly fue a la puerta, la abrió y entró en el despacho de Isaac Donner, inspector-jefe del FBI en Miami.

Donner se puso en pie, mirando con gran atención a la muchacha. Era un tipo imperturbable, y Rae comprendió que el interés que demostraba no se debía exclusivamente a la belleza de su visitante. Casi completamente calvo, ojillos pequeños y negros, vivos como los de un ratón, boca grande de labios delgados, Isaac Donner no parecía el tipo de hombre capaz de dejarse impresionar con facilidad.

—¿Inspector Donner?

—Sí. Siéntese, por favor, señorita Kelly.

—Gracias.

—¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias...

Donner le ofreció el cigarrillo y la llama de su encendedor. Rae Kelly iba mirando a su alrededor, hasta que se dio cuenta, al pasar su mirada sobre Donner, que éste sonreía, y que las aletas de su nariz se dilataban levemente.

—Delicioso perfume el suyo, señorita Kelly.

—Se llama «Polinesia».

—Oh... Bien: he entendido que usted está aquí para denunciar un rapto.

—No he dicho tal cosa, inspector.

Donner alzó las cejas. Se había sentado de nuevo en su sillón, y miraba a la muchacha con la benevolencia del jefe de tribu hacia un humilde vasallo.

—¿No? Bien... ¿Entonces?

—He dicho que el asunto era de rapto, pero no he dicho todavía que esté segura de que el rapto se ha cometido.

—Creo que entiendo. ¿Alguien quiere raptarla a usted, quizá?

—A mí, no. A mi hermana.

—Ah... ¿Ha recibido su hermana alguna amenaza en ese sentido, o han intentado raptarla ya, o...?

—Hace exactamente cuarenta y cuatro horas que ella desapareció.

—Bien... Eso puede ser revelador, ciertamente. Supongo que está segura de lo que dice.

—Absolutamente. Y tengo muy buenos motivos para creer que han raptado a mi hermana..., o quizá algo peor. Pero, de momento, temo que se la llevaron... engañada.

—Bueno... Parece que tiene todas las características de un rapto, según usted lo va explicando. En tal caso, ciertamente, ha hecho muy bien en acudir al FBI, señorita Kelly. El rapto es uno de los más representativos delitos federales.

—Eso tengo entendido.

—Prosigamos... Dice usted que hace cuarenta y cuatro horas que no ve a su hermana..., que desapareció hace ese tiempo. ¿Correcto?

—Sí señor.

—¿Y ella no acostumbra desaparecer por tal espacio de tiempo?

—No lo había hecho jamás.

—¿Dónde la vio por última vez?

En Mozambique.

Donner parpadeó.

—Me temo que eso cae algo lejos, ¿no le parece?

—Me estoy refiriendo a un *night-club* llamado Mozambique, en Miami Beach.

—Ah... ¿Ella desapareció allí?

—No desapareció. Quiero decir que se despidió de nosotros...

—¿Quiénes son «nosotros», señorita Kelly?

—Paul Bittelman y yo.

—¿Quién es Paul Bittelman?

—El socio de Jerry.

Isaac Donner volvió a parpadear.

—Le ruego unas explicaciones claras y sencillas, señorita Kelly. Aunque usted no lo crea quizá, tengo mucho trabajo que atender. ¿Por qué no empieza desde el principio? La escucharé con mucho gusto..., y con toda atención.

—Bueno, pues Paul, Lucille y yo...

—¿Lucille es su hermana?

—Sí. Estábamos los tres en Mozambique cuando uno de los camareros le llevó un papel a Lucille. Ella lo leyó, nos miró, se levantó sin decir nada y se alejó de la mesa. Pero volvió apenas había dado unos pasos y dijo «hasta luego».

—Hasta luego, ¿eh?

—Sí.

Y ya no la han vuelto a ver.

—No.

—Esto... —Donner carraspeó—. Bueno, señorita Kelly, quizá su hermana... Vaya, quiero decir que quizá ella esté bien acompañada en algún lugar agradable... y no tenga prisa en convertir ese «hasta luego» en realidad.

—No sé lo que está usted pensando, inspector. Pero quizá le sirva de algo saber que mi hermana está casada..., y que el hombre que se la llevó en el coche no era su marido.

Donner enrojeció un poco.

—No he querido insinuar...

—No se preocupe. Bien, ya se lo he explicado todo: Jerry Howe es el marido de mi hermana, Paul Bittelman es el socio de Jerry, y mi hermana ha desaparecido, mientras Jerry debe estar muy contento cazando patos.

—¿Cazando patos?

—Hace como tres días, Jerry se tomó una semana de vacaciones... Se sentía un poco agotado, y el médico le recomendó que se fuese a cazar o a pescar...

—¿Su esposa no le acompañó?

—Lucille detesta la caza y la pesca, y todo lo que sea caminar sobre el suelo sin mosaico. Pero es que además, estaban... Bueno, Jerry y Lucille no se llevaban bien últimamente. Así que Jerry aprovechó el consejo del médico para irse a Los Everglades, dispuesto a descansar de todo durante una semana.

—Pero usted, su hermana y el señor Bittelman salieron a divertirse.

—Naturalmente.

—Y su hermana dice «hasta luego» y lleva ya dos días sin aparecer.

—Exacto.

—Ustedes tres salieron al día siguiente de marcharse el señor Howe a Los Everglades: Es decir, que al señor Howe le quedaban todavía cuatro días de vacaciones... Supongo que le ha avisado usted de lo ocurrido, señorita Kelly.

—No se le puede avisar tan fácilmente.

—¿No?

—Está en una cabaña, en los pantanos, hacia el interior. No hay teléfono, y sólo se puede llegar allá en barca o lancha de fondo plano...

—Conozco algo Los Everglades. Supongo que ustedes saben dónde está exactamente esa cabaña.

—Tengo entendido que está en Whitewater Bay, cerca de la desembocadura del Joe River.

—Ya... Bien, pudieron enviarle un telegrama, ¿no?

—Pero no lo hemos hecho.

—¿Por qué no? Aunque últimamente el señor Howe y su hermana no se llevasen bien, él tiene derecho a saber lo que está ocurriendo, ¿no le parece, señorita Kelly? ¿O quizá teme usted que la explicación que daría su hermana respecto a sus actividades durante la ausencia del marido no satisfarían a éste, al señor Howe?

—¿Sugiere que mi hermana está engañando a Jerry aprovechando que él no está en Miami?

—Por favor, señorita Kelly...

—Está bien, mi hermana podría hacer eso. Pero no lo ha hecho. Ni siquiera con Paul, que la ama...

—¿Se refiere a Paul Bittelman, por supuesto?

—Por supuesto. Pero mi hermana no es como Jerry. El sí que tiene un lío con una... con una mujer.

—Oh...

—Y entonces, estoy segura de que ha contratado a alguien para que rapte y mate a Lucille, y así él podrá quedarse con la otra, ahora que ya es socio activo de la firma.

Entiendo que el rapto es cosa del FBI, inspector.

Donner asintió con la cabeza.

—¿Se da perfecta cuenta de lo que está diciendo, señorita Kelly? Está formulando acusaciones muy concretas ahora. Si usted firma una declaración en ese sentido, nosotros tendremos ya pleno derecho a investigar.

—Eso es lo que quiero.

—Ha dado usted a entender que Jerry Howe aprovecha su estancia en Los Everglades para tener una perfecta coartada en el momento en que alguien contratado por él rapte y asesine a su esposa Lucille, a su hermana de usted. ¿Se da cuenta?

—Sí.

—¿Insiste en ello?

—Desde luego. Jerry era sólo un chico guapo cuando conoció a Lucille. Ella lo introdujo en nuestros negocios cuando se casaron. Ahora, él está bien metido en todo, toca mucho dinero, y se ha cansado de Lucille hasta el punto de enredarse con otra mujer... y de encargar que la raptan. O quizá sea él mismo el raptor. Quizá nos está haciendo creer que ha estado en Los Everglades y no es cierto. Pudo enviar a un hombre a raptar a Lucille, y luego matarla él mismo. Entonces, regresa a Los Everglades, y nadie en el mundo podría probar que no ha estado allí, sin moverse, durante estos tres días.

Isaac Donner había achicado sus móviles ojillos de ratón y miraba a la muchacha con la cabeza ladeada y un extraño gesto entre estupefacto y astuto en sus delgados labios. La cosa, por supuesto, empezaba a ponerse realmente seria. Podía ser todo las fantasías de una muchachita que se aburría, pero, en el fondo, algo debía haber de cierto en sus palabras.

Un hombre llamado Jerry Howe se casa con una mujer llamada Lucille Kelly, y ésta se convierte en Lucille Howe y aquél en socio de la firma; era evidente que el dinero lo había puesto la mujer.

Donner conocía el tipo: muchachas que quedan sin padres, pero con una sólida fortuna procedente de éstos. Luego, llega un tipo como Jerry Howe, atractivo a juzgar por las palabras de Rae Kelly, y se casa con la rica heredera. Ya está. Después, se cansa de ella, se aburre...

Vulgar y corriente.

Pero digno de ser tenido en cuenta si aquella situación había ocasionado un rapto con vistas a un asesinato.

—Es una hipótesis aceptable, señorita Kelly —suspiró Donner, por fin—. Pero me parece conveniente no precipitarnos en ese sentido de hipótesis. Una acusación de rapto es algo realmente serio. Esto... ¿Qué decía el papel que aquel camarero entregó a su hermana?

—No pudimos verlo ni Paul ni yo. Y ella se lo llevó al marchar.

—Ya... ¿Dice que usted vio al hombre que se la llevó en un coche?

—Sí.

—¿Lo conocía?

—Yo, no. Y estoy segura de que tampoco lo conocía Lucille... No solemos tener amistades tan... peculiares, inspector Donner.

—¿Peculiares? ¿En qué sentido?

—Pues era... era un hombre de aspecto... digamos desagradable.

—¿De mala catadura? —sonrió Donner.

—¡Exactamente!

La sonrisa de Donner, muy suave, permaneció en los delgados labios.

—¿Le pareció a usted un *killer*, señorita Kelly?

—Eso me pareció.

—Entiendo que era un hombre de escaso atractivo, más bien feo, claro, y de modales o actitudes más bien desagradables. También su manera de vestir debía resaltar... digamos poco correcta.

—Usted lo entiende todo muy bien, inspector Donner.

—Llevo muchos años en esto. Y usted ha descrito bastante bien a uno de esos clásicos pandilleros de películas de televisión.

Rae Kelly se mordió los deliciosos labios.

—¿No me cree usted? —musitó.

—¿Por qué no? Bien, espero que usted ha comprendido ya que toda la pista que su hermana ha dejado es ese hombre de aspecto en

conjunto rudo y desagradable.

—Lo he comprendido.

—¿Sería usted capaz de reconocer a ese hombre si volviese a verlo?

—Desde luego.

—¿Y si lo viese en fotografías?

—Supongo que también lo reconocería.

Donner asintió con la cabeza. Se inclinó hacia su *intercom* y lo abrió.

—Lulu: ¿quiere llamar a Sebastian, por favor?

—En seguida, señor.

El inspector-jefe del FBI dedicó de nuevo su atención a la damita.

—Aclaremos una cosa ahora mismo, señorita Kelly: ¿qué tipo de denuncia hace usted? ¡Me refiero a si se limita a indicarnos que su hermana falta dos días de casa, o a acusar a su cuñado, Jerry Hower, de haber ordenado o cometido personalmente el rapto y asesinato de su esposa!

Rae Kelly vaciló.

—¿Qué me aconseja usted, inspector?

—Yo soy un hombre prudente, circunspecto... Jamás afirmo o denuncio nada de lo que no esté absolutamente seguro.

—Entiendo... Está bien: me limitaré a informar que mi hermana ha desaparecido. Más adelante...

—Más adelante haremos lo que proceda, esté segura de eso, ya que... Pase.

Había sonado una llamada a la puerta. Tras la autorización de Donner, se abrió y un hombre entró en el despacho.

Rae Kelly apenas pudo contener Una exclamación al ver al recién llegado. Era feo. Feo con ganas. Auténticamente feo. Llevaba el pelo muy corto, tenía los hombros delgados y, desde luego, su estatura no alcanzaba los seis pies. Quizá hasta cuatro pulgadas menos. Más que tostado, parecía quemado por el sol, de modo que unos extraordinarios ojos azules destacaban de modo asombroso en el rostro duro y seco, de mentón saliente y con un hoyuelo en el centro; la boca era tan delgada como la de Isaac Donner, pero evidenciaba mucha más dureza, quizá debido a la diferencia de edad entre ambos hombres. Donner parecía tener unos cuarenta y cinco o cincuenta años, y al recién llegado podían calcularsele

treinta como máximo. Tenía una pequeña cicatriz en un pómulos, el derecho, y otra sobre la sien del mismo lado, la carne se veía en ambos puntos de un tono más rosado, más suave.

Miró de pasada a Rae Kelly, y luego, directa y fijamente, al inspector del FBI.

—¿Me ha mandado llamar, señor?

—Ven acá, Rufus... —sonrió Donner, mirando de reojo a la casi sobresaltada Rae—. Voy a presentarte a la señorita Rae Kelly, que ha venido a informar una desaparición..., con posibilidades de asesinato.

Rufus se había acercado, mirando ahora más atentamente a la damita. Incluyó la cabeza y Rae musitó:

—En... encantada...

La sonrisa de Donner pareció duplicarse.

—El es Rufus Sebastian, señorita Kelly. Si ha habido asesinato, Rufus lo sabrá... Sabrá la verdad de cualquier cosa que haya ocurrido. Es el más feroz y tenaz perro de presa con que contamos en la Delegación. Estará con usted, si es necesario, hasta que esto se solucione.

—¿Con... conmigo...?

—Así es. De momento, la llevará al Archivo y le mostrará unos cientos de fotografías; es posible que tengamos suerte, y que el hombre que usted vio esté en una de ellas. Mientras tanto, yo redactaré el informe de su denuncia partiendo de la base de la desaparición de su hermana...

—Ésta... está bien...

Donner miró a Sebastian.

—Cuando subas leerás el informe, Rufus: lo detallaré bien.

—Lo que usted diga. ¿Vamos, señorita Kelly?

La damita tragó saliva.

—Eeeh... Oh, sí, vamos...

Sebastian fue hacia la puerta y la abrió. Rae miró a Donner, que se limitó a sonreír, y luego fue hacia allí. Salió y Rufus Sebastian hizo lo mismo tras mirar a Donner y encoger los hombros. Estaba acostumbrado.

Cuando los dos hubieron salido, Isaac Donner utilizó de nuevo el *intercom*:

—¿Quiere venir, Lulu? Tengo que dictarle un informe.

—En seguida, señor.

Donner cortó la comunicación y sonrió. Realmente, le había jugado una mala pasada a Rae Kelly. Ponerla junto a Rufus Sebastian había sido lo mismo que dejar suelta una paloma en los dominios de un furioso gavilán. Ahí estaba la diferencia: la damita olía bien, era maravillosa, y sus carnes tenían un delicioso tono rosado; Rufus Sebastian estaba quemado de sol, olía solamente a tabaco y era estupendamente feo.

Pero una cosa era segura: fuese lo que fuese que estuviese ocurriendo, Rufus Sebastian lo descubriría.

Y eso era lo que interesaba en los hombres que prestaban sus servicios en la Delegación del FBI: su capacidad profesional, no que se pareciesen a Troy Donahue o a Tab Hunter.

CAPÍTULO II

Durante casi hora y media, Rae Kelly no había levantado la cabeza de los gruesos tomos repletos de fotografías. Y no solamente debido a su afán de encontrar al hombre que se había llevado a su hermana en un coche, sino para no mirar de frente a Rufus Sebastian.

Sólo veía las manos del

G-man

, llevándose un tomo y colocándole otro delante. Unas manos delgadas; parecían tener solamente huesos, nervios y músculos, y estaban tan quemadas de sol como el rostro, o quizá incluso más.

Pero Rufus Sebastian era un hombre correcto, amable, atento... Le había ofrecido agua, café y cigarrillos, y le había sugerido en no menos de tres ocasiones que descansase un poco. No parecía un hombre de los que utilizan la sonrisa para subrayar las palabras que pronunciase. No sonreía. Simplemente, decía una cosa, y quien le oía no tenía otro remedio que interpretarla con toda exactitud, con o sin sonrisa. Si se mostraba amable, incluso la damita tenía que notarlo.

Y lo era.

Sí. Era amable, y educado, muy correcto.

—Será éste el cuarto libro, señorita Kelly. Créame: una taza de café y un cigarrillo la despejarán. Sé muy bien que lo que está haciendo resulta pesadísimo. ¿Café?

—Cuando... cuando acabe este libro...

—Bien. No se apresure, no se ponga nerviosa: tenemos tiempo de todo.

La damita ya no se sentía tan segura y desenvuelta como cuando había entrado en la Delegación. Sabía que era debido a la presencia desconcertantemente apabullante de Sebastian. Sólo veía sus

manos. Ella miraba las dos páginas del enorme libro en las cuales estaban adheridas las fotos, y movía negativamente la cabeza. Entonces, Sebastian pasaba la hoja y ella miraba otras dos páginas, volvía a mover negativamente la cabeza, y él pasaba otra hoja...

Allí todo el mundo parecía conocer a Rufus Sebastian.

—Rufus, coyote: ¿qué haces?

—Busco novia en el Archivo.

Luego:

—Adiós, tío feo.

—Adiós, «míster Universo».

También, después de oír Rae unos pasos muy pesados:

—Hola, pigmeo.

Y:

—¿Te ayudamos, Rufus?

—Vosotros lo estropeáis todo.

Los saludos y las respuestas de Sebastian habían sido abundantes, pero en ninguna ocasión había dejado el policía de pasar la gran hoja cuando la damita movía negativamente la cabeza.

Y estaba ya alzando otra, cuando una mano de Rae lo impidió. Inmediatamente la de Rufus Sebastian soltó la hoja y el quemado rostro del

G-man

apareció junto al de ella, que vio los azules ojos brillando animados.

—¿Lo ha visto?

—Sí. Es... es éste...

Sebastian miró las tres fotos, frente y ambos perfiles, del hombre que señalaba Rae Kelly, y frunció el ceño.

—¿Está segura?

—Sí... Sí, completamente segura.

—Bien.

Sebastian fue hacia el enorme fichero, abrió el primer cajón metálico de la H y buscó hasta encontrar la ficha que correspondía al hombre señalado por la damita. La sacó y colocó en su lugar el volante de utilización, tras escribir con bolígrafo la indicación pertinente en la casilla:

«Sebastian».

Se puso la ficha bajo el brazo y se volvió. Rae Kelly le había estado mirando fijamente.

Parecía un poco desconcertada.

—¿Vamos? —dijo Sebastian.

Regresaron al despacho de Isaac Donner. Cuando entraron, el inspector estaba repasando el informe que había dictado a su secretaria, y que ya había sido pasado a la máquina. Alzó la cabeza, vio el *dossier* bajo el brazo del agente especial del FBI y alargó la mano izquierda con el informe y la derecha vacía.

Los dos hombres cambiaron los papeles.

—Vaya... —musitó Donner—. Joey Hatton, ¿eh?

—Ésa es la identificación que ha hecho la señorita Kelly. ¿Está todo aquí, señor?

—Todo lo que ella me ha dicho. Léelo, Rufus.

—Bien.

Sebastian se dedicó a la lectura del informe redactado por el capitán, mientras éste repasaba la ficha de Joey Hatton: cabellos rubios, seis pies una pulgada y media, ojos oscuros, frente estrecha, nariz porruda, boca gruesa. Tres meses, un año, tres meses, cuatro años... Fraude, robo, estafa, robo a mano armada, respectivamente, por cada condena. Una ficha de las que engrasan por pura rutina los archivos del FBI, ya que hasta entonces el tal Joey Hatton no había dado lugar a la intervención federal.

Rae miraba de uno a otro hombre, en silencio, respetando el de ellos. Donner no necesitaba leer mucho para saber a qué atenerse, y, de todos modos, tendría tiempo de hacerlo en otro momento. Esperó a que Sebastian terminase de leer el informe que resumía, pero con todo detalle, lo hablado por Rae Kelly desde que la damita entrara en el despacho de Donner.

—¿Y bien, Rufus?

—¿Puedo hacerle unas preguntas a la señorita Kelly, señor? —Claro.

—Gracias... —miró a la muchacha—. Dígame, señorita Kelly: ¿por qué siguió usted a su hermana?

—¿Que seguí a...? No entiendo...

—Según parece, ella se despidió de usted y del señor Bittelman con un «hasta luego». Entiendo que usted fue tras su hermana, pero no habló con ella. Por tanto, la siguió sin que ella se diese cuenta. Y

fue entonces cuando vio a Joey Hatton, el hombre que usted ha identificado, llevándose a su hermana en un coche... ¿Por qué la siguió?

—Pues... Bueno, sólo quería preguntarle si ocurría algo...

—¿No se lo preguntó?

—Cuando salí del Mozambique, el coche arrancaba ya.

—¿Descapotable?

—¿El coche? Sí, claro...

—Pero estaba lo bastante cerca para que usted pudiese identificar con toda seguridad no sólo a su hermana, sino a Joey Hatton.

—Sí.

—¿Qué hicieron después usted y el señor Bittelman?

—El me llevó a casa. Y allí estuve esperando a Lucille hasta que me dormí...

—¿Por qué no vino ayer?

—No sé... Quise esperar, asegurarme...

—¿Adónde fue el señor Bittelman al dejarla a usted en su casa?

—Supongo que a la suya.

—¿No se entretuvo con usted?

Rae Kelly enrojeció levemente.

—Desde luego que no.

—Entiendo que el señor Bittelman está... más o menos enamorado de su hermana.

—Sí.

—¿Se conocían ellos ya cuando su hermana conoció a Jerry Howe?

—Sí.

—Pero su hermana Lucille se casó con Jerry Howe... y éste pasó a ser socio en la firma, igual que Bittelman.

—Sí.

—¿Está segura de que su cuñado, Jerry Howe, tiene una... amiguita?

—Sí.

—¿Cree usted capaz a Jerry Howe de matar o hacer raptar a su hermana para no tener que darle cuentas a ella no sólo de esa amiguita, sino del dinero de la firma de la cual Paul Bittelman es el otro socio?

Rae Kelly vaciló sólo un par de segundos.

—Sí... Le creo capaz.

—¿Quiere firmar esto, por favor, señorita Kelly?

Sebastian colocó las hojas del informe sobre la mesa de Isaac Donner, delante de Rae. Donner le ofreció un bolígrafo y la muchacha firmó donde apuntaba el dedo del

G-man

Sebastian recogió las hojas y las tendió a Donner.

—¿Puedo empezar ahora mismo, señor?

—Seguro, Rufus.

Éste miró en la carpeta la última dirección conocida de Joey Hatton: 3180 North West 7th Street, Miami.

—Cuando usted quiera, señorita Kelly. —Yo... ¿Yo tengo que ir con usted?

Rufus Sebastian miró a Donner, el cual, tras atender con interés la expresiva mirada del agente del FBI, dijo, mirando a la muchacha:

—Sería muy conveniente, señorita Kelly. Entienda que no podemos arrestar a un hombre sin que una persona que nos lo ha señalado lo identifique y lo acuse personalmente.

—Pero yo... yo podría quedarme aquí o... o ustedes podrían llamarme más tarde...

—Por supuesto. Se trata solamente de que nosotros le agradeceríamos esa colaboración, más completa... y espontánea que la que usted sugiere. Además, en ocasiones, el factor tiempo resulta muy importante y...

—Iré con... con el señor Sebastian.

—Gracias.

Sebastian fue hacia la puerta y la abrió. Rae se despidió de Donner y salió del despacho. Antes de hacer lo mismo, Sebastian miró a Donner, y le hizo una seña. Donner asintió y Sebastian abandonó también el despacho de su jefe.

< <

* * *

Joey Hatton no estaba en su apartamento del 3180 de la N W. 7th Street. Pero allá, informaron a Rufus Sebastian de que Hatton tenía dos lanchas de alquiler en el «Pier Cinco», y era muy

posible que a aquellas horas estuviese allí, esperando el regreso de alguna de ellas, o preparándolas para el día siguiente. Al parecer, esto ocurría con mucha frecuencia. Y también con no poca frecuencia, Joey Hatton no acudía a dormir a su apartamento.

El mejor modo de encontrarlo rápidamente parecía ser llegarse a «Pier Cinco», englobado en City Yacht Basin, delante mismo de Bayfront Park, en sus playas.

Y allá fueron Rufus Sebastian y Rae Kelly, en el coche que manejaba el

G-man

. Lo dejaron cerca de los embarcaderos y se dirigieron hacia allí.

Sí: Joey Hatton tenía dos lanchas, bautizadas «Sea» y «Sky». No: no le habían visto desde... desde el día anterior, eso era. Claro: las lanchas no habían podido ser alquiladas. No: no sabían dónde podía estar Joey Hatton.

Sebastian dio las gracias a sus informantes, y se alejó hacia donde le habían indicado estaban las lanchas «Sky» y «Sea».

Aparte de las luces del famoso «Pier Cinco», estaba la luna, y los rojos destellos de las embarcaciones de algunas lanchas cercanas y yatecillos de recreo que se ponían en alquiler. En uno de ellos, sobre cubierta, podía apreciarse ya el principio de lo que sería una sonada juerga aquella noche.

Por poco que se forzase la vista, Bayfront Park adentro podía verse el resplandor de la Antorcha de la Amistad que Miami ofrecía a sus visitantes, como una eterna bienvenida.

No había allí dos lanchas.

Sólo una.

Era la «Sky». La «Sea» debía estar en el mar, lo cual era perfectamente lógico^[1].

La «Sky» apenas se movía. El mar estaba en calma y todavía más en aquel tranquilo rincón del «Pier Cinco». Se podía pensar que el tal Joey Hatton había alquilado la «Sea» para aquella noche, tripulándola él; con lo cual, sus honorarios serían ciertamente considerables.

—Ahí... ahí hay una de ellas —señaló Rae Kelly.

—La veo, señorita Kelly.

—No parece que ese... ese hombre esté por aquí. Tendremos... que volver mañana.

Rufus Sebastian miró de reojo a la damita perfumada y deliciosa.

—Sugiero que esperemos un rato a Joey Hatton —contradijo—. Pero no quiero llevar su amabilidad a extremos molestos, señorita Kelly, de modo que si quiere marcharse, puede hacerlo. Oh, claro, le buscaré un taxi...

—¿Usted... va a quedarse?

—Me siento obligado a hacerlo. Cobro un sueldo del FBI por soportar ratos tan aburridos como el que seguramente me espera. Pero usted no cobra ese sueldo, señorita Kelly.

—Yo... yo estoy segura de que algo le ha ocurrido a Lucille... Y me ha parecido que usted y el inspector Donner se han tomado en serio todo lo que yo he dicho desde que se han enterado que Joey Hatton tiene algo que ver en esto.

—Joey Hatton ha estado preso cuatro veces. Es natural que nos tomemos en serio la investigación de cualquiera de sus actuales actividades. Hatton empezó por pequeño fraude; luego, robó; más tarde, cometió una estafa; y lo último que se sabe de él es que cometió un robo a mano armada... Eso le coloca en la clasificación de delincuentes peligrosos... Ciertas estadísticas tienen previsto estos escalafones delictivos... El individuo va aumentando su poder, su capacidad para delinquir. Y teniendo en cuenta que Joey Hatton recurrió la última vez a la amenaza con las armas para cometer un robo, se puede pensar que en esta ocasión se haya atrevido a llegar más lejos.

—¿Quiere decir que él se llevó a mi hermana sólo para quitarle el dinero?

—Por supuesto que no. Me parecería una terrible estupidez que un hombre tan... veterano como Hatton fuese a buscar a su víctima a un *night-club*, le enviase una nota llamándola, para luego robarla y matarla... Es francamente absurdo, señorita Kelly. Una buena ayuda sería saber qué decía la nota que recibió su hermana en el Mozambique... Debía ser algo importante, claro está. De otro modo no se habría despedido tan precipitadamente del señor Bittelman y de usted, ni habría aceptado la compañía y el coche de un desconocido como debe ser para ella Joey Hatton.

—Yo creí... que todo sería más sencillo cuando fui a ver al inspector Donner...

—No hay nada de sencillo en estas cosas. Tenga en cuenta que nosotros partimos de cero. Usted es hermana de la persona desaparecida, y no encuentra explicaciones a su comportamiento... ¿Qué explicaciones podemos encontrar nosotros, entonces?

—Claro... Tiene razón...

—¿Vamos a buscar un taxi?

—Oh, no... Estaré con usted... unos minutos más.

—Gracias. Bueno, creo que será una aceptable idea esperar a Joey Hatton en su lancha, ¿no le parece? Estaremos más cómodos... y podremos echar un vistazo, a ver si hay algo interesante.

Rufus Sebastian saltó a la lancha y luego ayudó a Rae, tomándola de una mano. Era una lancha grande, como de veinticinco pies, que se meció suavemente bajo la sacudida de los saltos. Desde el yatecillo de alquiler, próximo a zarpar, llegaba un violentísimo *twist* que ya empezaba a estar pasado de moda.

Sebastian dio una vuelta por cubierta, mirándolo todo, pero sin sentirse especialmente atraído por nada, al parecer. Rae le seguía, como sin darse cuenta. A buen seguro que no se le ocurría cosa mejor que hacer.

—No... no hay nadie... ¿Verdad?

—En cubierta, no —dijo amablemente Sebastian—. Veamos abajo.

Joey Hatton debía ser un hombre confiado, porque todo estaba abierto, empezando por las puertecillas que llevaban al salón de recreo instalado en plena panza de la lancha. Había una pequeña cocina y dos diminutos camarotes, aparte del *living-yacht*. Pero Joey Hatton brillaba por su ausencia. La lancha estaba completamente vacía de seres humanos. Y no cabía la posibilidad de que nadie pudiese estar escondido allí dentro, ni en cubierta.

Sebastian encogió los hombros. Fue a la cocina, abrió el refrigerador y sacó una lata de cerveza.

—Está formidablemente helada... —comentó—. ¿Quiere un poco?

—No, no...

El

G-man

la agujereó por dos puntos de la tapa, presionando con uno de los ángulos de la culata de su pistola; se guardó ésta de nuevo en la

sobaquera y alzó la lata. Mientras bebía miraba a su alrededor, suavemente, como sin excesivo interés, pero siempre atentos sus sorprendentes ojos azules, que semejaban más que nunca dos focos en la profunda oscuridad de un túnel. Rae Kelly llegó a preguntarse si aquel hombre no sería capaz de ver en la oscuridad...

—¡Es una bonita lancha...! Tiene que haberle costado a Hatton no menos de ocho mil dólares. Y si tiene dos, pues se ha gastado ni más ni menos que dieciséis mil... Eso es bastante dinero.

Lo iba mirando todo como por pura rutina. Rae también lo miraba todo, pero tenía la impresión de que si Sebastian le preguntaba de pronto algo sobre la lancha, ella no sabría nada, mientras que él podría contestar a todo.

—¿No han tenido noticias del señor Howe desde que él se fue a Los Everglades, señorita Kelly?

—No.

—¿Solía ir a menudo allá?

—No... no demasiado a menudo...

—Quiero comentar con usted que Joey Hatton no pertenece precisamente al grupo de personas que ustedes podían conocer o tratar... O sea, que no imagino cómo el señor Howe pudo ponerse en contacto con Hatton.

—¿Usted no cree que Hatton y Jerry se conozcan?

Rufus Sebastian encogió los hombros.

—Lo creo todo y no creo nada. Será mejor que vayamos arriba... Aquí no funciona ahora el aire acondicionado y se nota un calor muy desagradable.

Subieron a cubierta. Sebastian estuvo paseando por cubierta mientras fumaba un cigarrillo. Terminado éste, cuya colilla fue a parar al agua, se dirigió hacia la cabina de mando y la examinó.

—Señorita Kelly.

—Diga...

—Voy a dar una vuelta con esta lancha, en busca de la otra, de la «Sea». La ayudaré a subir al embarcadero y...

—Estaré con usted hasta... hasta el final. Si encuentra a Joey Hatton, va a necesítarme, supongo...

—Ya le he dicho que no quisiera obligarla...

—¡No lo hago porque me considere obligada al FBI, señor Sebastian!

—¡Entiendo...! Bien, vamos a salir ahora.

—¡Estoy acostumbrada a ir en lancha y en yate! No se preocupe por mí.

—De acuerdo.

Sebastian se colocó ante la rueda de mando. Lo primero que hizo fue apretar el botón de subida del anclote. Se oyó el ruido de la fina cadena y luego empezó a crujir con fuerza todo el ojo de recogida. La cadena rozaba tan fuertemente, que podía pensarse que iba a causar deterioros en el casco de la lancha.

—¿Ocurre algo? —preguntó Rae.

—Me temo que sí. Parece que hay algún estropicio en esta lancha. Eso explicaría que Joey Hatton no la tenga alquilada... Veré si localizo el desperfecto.

Era indudable que procedía de la cadena del anclote.

Sebastian paró la recogida y se acercó a popa. La cadena estaba muy tensa, y, evidentemente, había alguna dificultad en aquel mecanismo.

El federal regresó ante los mandos y pulsó de nuevo el botón de recogida. Inmediatamente volvió a popa y se asomó por la borda, mirando la tensa cadena, que se iba recogiendo con gran esfuerzo. La lancha se zarandeaba con fuerza.

La damita perfumada se acercó también a la borda de popa.

—¿Algo va mal?

—Está subiendo el anclote... Ya veremos qué está pasando. ¿Quiere vigilar el tablero de mandos?

—Bueno...

Parecía que la cadena estaba más suelta, más natural ahora. Pero continuaba rozando con fuerza en la entrada. Por fin, apareció el anclote..., pero el peso continuaba siendo notable, exagerado.

Cuando el anclote quedó pegado a la popa de la lancha en el lado de babor, todo quedó explicado...

En aquel momento, Rufus Sebastian oyó el fuerte golpetazo en cubierta, por detrás suyo. Casi simultáneo, otro. Pero cuando quiso volverse, en realidad cuando ya estaba volviendo, oyó la voz de uno de los hombres que habían saltado a la lancha:

—Quieto, pichón. Muy quieto de verdad. Y calladito. ¿Okay?

—Okay —asintió Sebastian.

—Magnífico. Ahora, nos vamos abajo. Kings, dile a la chica lo

que tiene que hacer.

—Bueno.

Sebastian empezó a incorporarse, pero un pie se apoyó en la mano que apoyaba en cubierta y le impidió moverse. Al mismo tiempo, el hombre que le amenazaba le quitó la pistola, tras un rápido y habilísimo cacheo.

—Ahora sí, pichón. Vámonos abajo. Charlaremos de lo triste que es la vida. ¿Okay?

—Okay.

El llamado Kings y Rae Kelly estaban ya esperando junto a la entrada al interior de la lancha. Aquél fue el primero en bajar, de espaldas, de modo que en todo momento estaba apuntando a la muchacha y a Sebastian, al cual también apuntaba por la espalda el que le había pisado la mano.

Sebastian movió precisamente aquella mano hacia el interruptor de la luz, pero su desconocido vigilante dijo suavemente:

—No necesitamos luz, pichón: hay unos buenos ventanales, y la luna es estupenda. ¿Okay?

El agente del FBI ya no contestó esta vez. Y era cierto. Abajo había una buena luz, gracias a la luna, de modo que, efectivamente, no parecía muy necesaria la de la lancha.

—Pónganse los dos de espaldas a mí. Supongo que se han dado cuenta de que tengo una pistola. Y les aseguro que no lloro cuando me veo obligado a disparar. Kings: ve a buscar al jefe.

—Bueno.

Se oyeron las pisadas de Kings ascendiendo los peldaños de madera hacia cubierta.

Sebastian vio a Rae, mirando de reojo, y sugirió:

—Siéntese, señorita Kelly: estará cómoda.

—Yo... yo...

—El amigo que tenemos detrás no tiene nada que oponer... ¿No es cierto, caballero?

—Que se siente la chica. Pero cuidado con lo que hace usted... No me fío de su aspecto. Aunque yo crea... ¡Eeeh...!

Contra lo que parecía esperar el individuo, Sebastian no acompañó a la muchacha hacia el diván corrido de la sala de la lancha. Por el contrario, dio un par de velocísimos pasos hacia atrás, y clavó un codo en el estómago del individuo, mientras el

otro desviaba la pistola justo cuando se oía el «plop» del disparo efectuado con silenciador.

Algo se rompió, reventado por la bala, mientras Sebastian, todavía sin dar por completo la cara a su enemigo, empezaba a darle a éste una demostración de la lucha defensiva... en cualquier situación, por peligrosa que fuese.

Había aferrado con sus dos manos la armada del desconocido, de modo que la tenía por delante suyo, pegado el brazo a su costado. El otro pasó el brazo izquierdo por la garganta de Sebastian, en un intento de estrangulación...

Sebastian sólo tuvo que quitar una de sus manos del brazo que sujetaba, hincar sus dedos en la muñeca del otro brazo, e inclinarse fuertemente hacia delante: el tipo salió volando por encima del hombre del FBI, dio una vuelta de campana en el aire y cayó de cabeza delante de la entrada de la cocina.

Estaba tan aturdido cuando Sebastian llegó a su lado, que ni siquiera pareció recordar que tenía todavía una pistola en su crispada mano.

Tampoco le habría servido de gran cosa, desde luego, porque Sebastian le clavó un rodillazo en el rostro que abarcó boca y nariz y que reventando ambas, llenó de sangre el rostro del antagonista del agente del FBI.

Éste esperó a que el pandillero rebotase contra el quicio de la batiente puerta de la cocinilla, lo recibió con un patadón en el vientre y se inclinó a recoger tranquilamente la pistola con silenciador.

Lo consiguió.

Pero cuando estaba quitándole al hombre su propia pistola, con vistas a una recuperación que colocaría el arma de nuevo en su sobaquera, oyó la voz de un tercer hombre, al pie de la escalerilla que llevaba a cubierta:

—Mueva ahora solamente un pelo, caballerete, y le meto a usted una bala en el pescuezo. ¿Entendió? Pues deje caer las pistolas.

Rufus Sebastian se sintió disgustado consigo mismo. Si no hubiese tenido a Rae Kelly con él, la pelea habría sido sonada, ya que disponía de dos pistolas y sabía manejarlas muy bien. Pero decidió que no tenía derecho a arriesgar la vida de Rae, de modo que dejó caer las dos armas.

Iba a decir algo, cuando el hombre al que había estado golpeando segundos antes, al parecer bastante recuperado, le atizó un criminalísimo patadón en el bajo vientre, desde el suelo, que dejó al policía poco menos que fuera de combate.

Y cuando estaba a punto de caer de cara contra el suelo, otro patadón le alcanzó en la barbilla, lo ladeó y lo tiró contra una mesita redonda, pequeña, que se vino abajo con revistas y objetos de adornos...

Inmediatamente oyó acercarse a Kings, gruñendo:

—¡Vamos a escarmentar al guapo éste, Casey!

Rufus Sebastian tenía algo que decir. Sabía que si hablaba, todo podría arreglarse bastante bien; pero aquellos dos energúmenos no parecían dispuestos a concederle el privilegio de la palabra, de modo que decidió que lo mejor que podía hacer era defenderse de aquellas malísimas intenciones.

Se apartó justo a tiempo para que el patadón de Kings, que buscaba su cabeza, diese en un tabique, con tal fuerza, que Kings lanzó un aullido de dolor... comparable al de Casey al recibir en plena nariz ya machacada el golpe propinado por Sebastian con el canto de la mano.

Casey estaba todavía rugiendo de dolor, arrodillado, y Kings daba furiosos saltos a la pata coja, cuando Sebastian, que veía poco menos que ganada la partida, recibió en la cabeza él tremendo golpetazo de una pistola.

Cayó de rodillas, casi aturdido, y oyó la voz del hombre que le había golpeado:

—Sujetadlo. Encenderé la luz y veremos quién es ese valiente.

Sebastian fue alzado, con rudeza; notaba en cada brazo los dos de sus enemigos, que le sujetaban por detrás, gruñendo y colocándole rodillazos en los riñones.

Mala suerte.

Bueno, aún había una baza por jugar y...

Se encendió la luz.

CAPÍTULO III

El que había encendido, jefe de los otros dos, palideció cuando vio quién era el hombre que sujetaban sus matones.

—¡Rufus Sebastian! —exclamó muy pálido.

Estaba casi lívido, un poco desorbitados los ojos, abierta la boca en un gesto entre incrédulo y aterrorizado. Pareció como si, de pronto, la pistola que empuñaba se convirtiese en una víbora que acabase de picarle. Estuvo unos segundos sin saber qué hacer con ella, y, por fin, la metió furiosamente en la funda sobaquera. Fue hacia el diván corrido y se sentó, se desplomó más bien junto a Rae Kelly, que estaba no menos pálida que él, pero, desde luego, mucho más asustada.

—¡Maldita sea mi suerte! —gimió el hombre. Miró a sus compinches y aulló—: ¿Qué demonios estáis esperando? ¡Soltadlo! ¡Es Sebastian!

Casey y Kings se miraron. No comprendían demasiado bien lo que estaba ocurriendo, pero obedecieron a su jefe.

Sebastian quedó libre de brazos, suspiró profundamente y se quedó mirando al jefe.

—Mal asunto para usted, Barrows —deslizó—. Le aseguro que no quisiera estar en su pellejo.

—¡Váyase al infierno, maldito sea, Sebastian! ¡Estoy más que harto de usted! Cualquier día... Sí, cualquier día me lo voy a encontrar metido en mi cama.

—Eso sí que sería un suceso notable, Barrows.

—Mire, Sebastian, se va usted a reír de su tía, ¿entiende?

—No tengo ninguna tía.

—Bueno, pues de su abuela. En cuanto a mí, déjeme en paz.

—Tranquilo, Barrows. Usted y sus hombres han querido

matarme. Y ahora, ¿quiere que lo deje en paz?

—Haga lo que guste, Sebastian. Oiga esto: puede acusarme de lo que quiera. Usted se va a su maldita Delegación, consigue una orden de detención y va a buscarme. Eso es todo... Maldita sea: ¡la culpa es mía, por tener tipos idiotas a mis órdenes, que no saben quién es Rufus Sebastian!

—¿Son de fuera de Miami, Barrows?

—Sí.

—Bueno... No creo que a ellos les resulte muy difícil liquidarme, ¿no le parece?

Gaylor Barrows miró incrédulamente al

G-man

—¿Matarlo a usted? Oiga, ¿pretende tomarme el pelo? Ah, no, mi amigo no... Mire, puede largarse, ya se lo he dicho, y hacer lo que le venga en gana. ¿Qué le da por meterme en prisión? Bueno, algún día saldré de allí. Es posible que consiga meterme diez años entre rejas, Sebastian... Pero diez años es sólo una parte de la vida de un hombre.

Pasarán. Y cuando pasen, yo saldré de allá, listo para continuar viviendo.

—Si me liquida se ahorra diez años de rejas, Barrows.

—Seguro... Y consigo un ataúd y unas cuantas flores. No espere eso de mí, Sebastian. Si le matase ahora, todo el FBI de toda Miami se movilizaría en busca del tipo que se había atrevido a privarles de su querido Rufus Sebastian, el más cabezota y tenaz de sus hombres... Y cuando me encontrasen, me iban a dejar hecho una pena. Ni hablar, Sebastian. Si usted fuese otro federal cualquiera, aún... Pero no, no... No cuente conmigo para que le dé billete de ida sin vuelta. Quítese eso de la cabeza, Sebastian.

—Está bien. Quedamos en que no piensa liquidarme, Barrows... ¿Qué tal si ahora hacemos un trato?

Kings y Casey todavía no conseguían salir de su estupefacción. Se liaban contra un tipo que resultaba ser agente del FBI y Gaylor Barrows se ponía a decir que ni hablar de liquidarlo, que prefería dejar las cosas como estaban. Y por si eso fuera poco, ahora, el tal Sebastian le proponía un trato a Barrows. En cuanto a Rae Kelly, estaba ya más tranquila, pero no menos estupefacta y desconcertada

que los dos matones.

—¿Un trato usted y yo, Sebastian?

—Eso he dicho.

—¿Qué clase de trato?

—Sencillo: tan sólo dígame por cuenta de quién trabajó hace dos noches Joey Hatton. Entiéndame: sé muy bien que Hatton estaba en su *gang*, Barrows. Y por eso le pregunto: ¿quién es la persona que solicitó los servicios de su *gang* para anteanoche?

—¿Está usted loco, Sebastian? —musitó Gaylor Barrows.

—Puede ser.

—Escuche: si está insinuando que yo...

—No insinúo, Barrows. ¡No me tenga por idiota! Usted sabe muy bien que le tengo en mi agenda. Y también sabe el porqué: tiene una organización criminal de exterminio a precios según la calidad de la víctima...

—¡No puede probar eso!

—El día que pueda probarlo, será su fin, Barrows.

—¡Es mentira todo!

Rufus Sebastian encendió un cigarrillo y se sentó también en el diván corrido, cerca de Rae Kelly, algo alejado de Gaylor Barrows.

—Barrows: voy a exponerle mis condiciones.

—¡Sus condiciones no me...!

—¡Cállese! Y escúcheme bien. Vamos a ver... Sí, eso es: hace dos noches, Joey Hatton estuvo en un *night-club* llamado Mozambique, y se llevó de allí, en un coche, a una señora llamada Lucille Howe. A partir de ese momento, la señora Howe no ha vuelto a dar señales de vida. En mi opinión, Joey Hatton llevó a cabo un «trabajo» que le fue encomendado. Mucho me temo que la señora Howe haya... sufrido un percance. Si es así, nada puede hacerse por ella, excepto castigar a su asesino indirecto. Tengamos en cuenta que el directo, o sea Hatton, ya ha pagado su delito...

—¿De qué demonios habla? Hatton ha desaparecido y nadie...

—Yo he encontrado a Hatton, Barrows.

—¿Sí? ¡Qué listo! Entonces, ¿qué buscaba aquí?

—A Hatton, buscaba. Y lo encontré.

—Mire, Sebastian...

—Venga conmigo, Barrows. Vengan todos. Usted también, señorita Kelly.

Sebastian fue el segundo en subir, tras ceder el paso a Rae, y sin preocuparse en absoluto por los tres hombres que caminaban tras él.

Una vez todos en cubierta, el

G-man

los llevó hacia el lugar de popa donde se había recogido el anclote, y señaló tal lugar..., pero impidiendo a Rae Kelly, con toda suavidad, que, imitando a los demás, mirase hacia allí.

Gaylor Barrows quedó como petrificado. Allá estaba Joey Hatton, en efecto.

Sí.

Allá estaba, colgado del anclote por debajo de la barbilla, como un gigantesco y extraordinario pez atrapado en el gigantesco anzuelo. Una de las puntas del anclote se había clavado en la garganta de Hatton, justo por debajo de la barbilla... Era una pesca ciertamente estremecedora. La «pieza» colgaba a todo peso, completamente muerta; los cabellos se pegaban a su rostro, que ya mostraba principios de hinchazón. Pero no había muerto ahogado, ya que no aparecía lo bastante hinchado, ni desorbitados los ojos, ni azulada la piel, si las luces de alrededor no, engañaban.

—¿Quiere una opinión de experto, Barrows?

—Bueno, yo... Esto... Creo que no pierdo nada escuchándole, Sebastian.

—Muy bien. Atienda: alguien vino aquí, dispuesto a matar a Joey. Y lo consiguió bien, según deduzco. Juraría que cuando mató a Hatton, éste cayó al mar. Hasta que la autopsia nos dé la completa seguridad, vamos a suponer que a Hatton lo mataron de unos cuantos balazos, que lo empujaron fuera de la borda. Esto no entraba en los cálculos del que lo mató...

—¿Cuáles eran sus cálculos, Sebastian?

—Llevarse el cadáver mar adentro y tirarlo en cualquier fosa. Pero no pudo hacer eso, entonces. Hubiese tenido que sacar a Joey Hatton del agua, y eso habría llamado la atención...

—¿Y matarlo no llamó la atención?

—¡Es tan sencillo meterle a un tipo unas cuantas balas en la barriga, disparando con silenciador, Barrows! ¿No cree?

—No sé nada de estas cosas.

—Oh, seguro, seguro... Bien: el hombre... o la mujer que vino a

por Hatton, lo mató, y Hatton cayó al agua. Eso pudo pasar desapercibido, pero no pasaría desapercibido izar un cadáver a la lancha. Era muy arriesgado en un lugar tan concurrido como es el «Pier Cinco». Entonces, quien mató a Joey Hatton buscó en la lancha algún objeto pasado, para lastrar a Hatton. No encontró nada que le pareciese conveniente. Se tiró al agua, buceó, llevó el cadáver de Hatton hasta el anclote... y lo ensartó. Así se aseguraba de que Hatton no sería descubierto hasta que la lancha zarpase. Y si el propietario, Joey Hatton, estaba muerto..., ¿quién iba a poner en marcha la lancha? De este modo, el asesino se aseguraba que el descubrimiento del cadáver ocurriría cuando a él ya no pudiese preocuparle. Lo relacionado con la muerte de Hatton ya no podría ser conectado con la muerte de otra persona, de Lucille Howe.

—¿Usted cree que yo he matado a Hatton, Sebastian?

—Desde luego que no. Si lo hubiese matado usted, no habría venido a buscarlo esta noche al embarcadero. Oiga lo que pienso: usted, sabiendo que Hatton había hecho un trabajo, esperaba el informe de Hatton respecto a los resultados... Y Hatton no le presentó tal informe. Entonces, usted vino a pedirle explicaciones a Hatton. No lo encontró. Y cuando la señorita Kelly y yo entramos en la lancha, esperó el momento que le pareció oportuno para enviar a sus dos matones, con el fin de pedirnos explicaciones... Se ha llevado una sorpresa, ¿no es cierto, Barrows?

—Si usted pretende que yo admita que Joey Hatton era uno de mis hombres, y que yo me dedico a aceptar encargos de... de «liquidaciones», Sebastian, es que está realmente loco.

—Ni yo estoy loco, ni espero que lo esté usted, Barrows. Oh, vamos, no seamos estúpidos... Usted y yo sabemos la verdad, pero también sabemos que esa verdad tendría que probarse ante un tribunal, ante un jurado... No seamos tontos, Barrows.

—Yo no lo soy, Sebastian.

—Tampoco yo. Le decía antes que iba a proponerle un trato... Sabemos ahora que Hatton ha sido eliminado, y mi opinión es que quien lo ha hecho ha querido silenciarlo para siempre. Con eso, yo creo interpretar que usted no sabía nada de esto hasta que ya fue tarde, Barrows. Por eso, vino aquí, a pedirle explicaciones a Joey Hatton por trabajar por su cuenta.

—Yo le presté el dinero a Hatton para sus lanchas, y venía a

cobrar el pago semanal que convinimos.

—No me haga reír, Barrows. Pero está bien: vamos a suponer que yo me trago semejante estupidez. Voy a convertirme en el más completo tonto del mundo en esta ocasión, Barrows. Ahí va mi trato: yo me olvido de la pelea con sus hombres, de que han intentado... perjudicarme, y usted me proporciona el nombre de la persona que contrató particularmente a Joey Hatton. No sólo le evito tener que matarme y que luego todo el FBI se le eche encima, sino que prometo padecer de amnesia total respecto a lo ocurrido entre sus hombres, usted y yo en esta lancha...

—¿Quiere decir que me ahorra esos diez años que me corresponderían por haberle agredido a mano armada, Sebastian?

—Exacto, Gaylor.

—Bien... Bueno, yo no tengo nada que ver con estas cosas, Sebastian...

—Seguro, Barrows, seguro... Ya sé: usted es un angelito.

—Pero puedo intentar buscarle a ese hombre...

—A esa «persona», Barrows. No tenemos por qué pensar que sea un hombre.

—Pero todo eso de bucear, clavar a Joey en el anclote...

—Parece cosa de hombre desde luego. Pero no nos ofusquemos.

—De acuerdo.

—¿Buscará a esa persona, Barrows?

—Pues ya le he dicho que yo no sé gran cosa de estos... asuntos, Sebastian. Pero, dentro de mis modestas fuerzas y posibilidades, intentaré ayudarle...

—Estupendo... ¿Hay algo que le preocupe, Barrows?

—Sólo una cosa: ¿qué se propone usted, Sebastian, al perdonarme nada menos que diez años de prisión?

—Es sólo agradecimiento, Barrows. Usted ha podido matarme y no lo ha hecho.

—A otro perro con ese hueso... —masculló Barrows—. Usted sabe que yo no soy tan estúpido como para matarlo. En cambio, podría meternos ahora mismo a Kings, a Casey y a mí en la cárcel por una maldita temporada... ¿Por qué no lo hace?

—La verdad no le va a gustar si se la digo.

—No importa. ¿Cuál es la verdad, Sebastian?

—Que no me conformo con esos diez años de cárcel para usted,

Barrows. Cuando le atrape tiene que ser de lleno: de mis manos a su ejecución. Nada de tantos o cuantos años de rejas. Eso es tontería... Es dejar que el lobo afile más sus uñas para cuando salga. El día en que yo le ponga la mano en el hombro, Barrows, será para llevarlo ante un jurado que sólo podrá condenarlo a muerte.

—Vaya...

—Ya le he dicho que no le gustaría la verdad. Usted y yo sabemos que se dedica a alquilar a sus hombres para cometer asesinatos por cuenta de personas que pagan. Por tanto, Barrows, sólo merece ser ejecutado. Barrows se pasó la lengua por los labios.

—Suponga que después de oír esto me niego a ayudarle, Sebastian.

—Niéguese..., y de momento me conformaré con esos diez años que usted pasaría entre rejas. Y para cuando saliese, yo le estaría esperando.

De nuevo Gaylor Barrows se humedeció los labios. Jamás en su vida había sentido la boca tan seca.

—Está bien, Sebastian... —susurró—. Intentaré ayudarle. Pero lo haré de modo que no pueda probar que yo le proporcioné semejante información..., si es que la consigo.

—De momento estoy ocupado en otro caso, Barrows, quede tranquilo. El día que decida dedicarme a usted le enviaré mi tarjeta con una orla negra.

—¿Es todo?

—Pueden marcharse. Supongo que sabe cómo comunicarse conmigo en cualquier momento.

—Sí. Adiós.

—Adiós. Y vigile a sus asesinos: han estado a punto de hacer una barbaridad, usted lo sabe.

Gaylor Barrows soltó un gruñido. El y sus hombres subieron al embarcadero y Sebastian los estuvo mirando hasta que desaparecieron de su campo visual.

—Ésas son las piezas que más trabajo cuesta cobrar, señorita Kelly. Pero cuando caen hacen mucho ruido.

—¿Es... es cierto todo cuanto han hablado ustedes dos?

—Absolutamente cierto todo. Bien..., aquí tenemos a Joey Hatton. Ya no va a poder ayudarnos en nada..., que es justamente lo que se ha propuesto la persona que lo ha matado... ¿Quién sabía

que usted pensaba venir a denunciar la desaparición de su hermana?

—Nadie.

—¿Absolutamente nadie?

—Bueno, yo hablé con Paul Bittelman respecto a esto este mediodía... Insinué que quizá me decidiese a acudir a ustedes, ya que los raptos o presuntos raptos son cosa del FBI.

—Entiendo... Bien..., ya hablaremos con el señor Bittelman. De momento llamaremos al inspector Donner por la radio para que venga un equipo a hacerse cargo del cadáver y a ver qué descubrimos de interesante.

CAPÍTULO IV

El inspector Donner sonrió a Rae Kelly y miró con interés a Rufus Sebastian.

—¿Y el cadáver? Por favor, señorita Kelly, siéntese.

Rae se sentó, y Sebastian encendió un cigarrillo antes de contestar:

—Ordené que lo llevasen a la Morgue.

—Bien, bien... ¿Qué hay sobre él?

Se había repantigado de nuevo en su sillón y miraba a Rufus Sebastian como se mira a un mago que va a ofrecer un asombroso juego de manos.

—Poca cosa. Murió de tres balazos en el pecho. El forense no se ha atrevido a calcular la hora exacta hasta que le haga la autopsia, pues ha estado bastantes horas en el agua... Se supone que justo desde el momento en que lo mataron.

—¿Por qué eso?

—Es una hipótesis mía, señor.

—La escucho, Rufus.

—Calculo que Joey Hatton fue empujado al agua por las balas que recibió en el pecho; no era eso seguramente lo que pretendía el asesino, sino llevárselo de allí después de muerto y tirarlo mar adentro. Entonces, para evitar que el cadáver pudiese flotar o fuese hallado pronto por cualquier otro medio o casualidad, se tiró al agua, encontró el cadáver en el fondo y lo llevó hasta anclote, donde lo ensartó.

—Buena hipótesis... Y buen estómago el del tipo que hizo eso, ¿no crees?

—Seguro que sí, señor. Bueno, el forense ha sugerido que el cadáver llevaba posiblemente unas veinticuatro horas en el agua.

—Ajá... Entonces eso ocurrió la noche siguiente a la desaparición de la señora Howe.

—Sí, señor.

—Más hipótesis, Rufus.

—Pues bien, yo creo que alguien contrató a Joey Hatton particularmente...

—¿Particularmente?

—Oh, omití algo, señor: encontré allá a Gaylor Barrows con dos tipos traídos de lejos.

Quisieron matarme..., más o menos.

Isaac Donner contempló estupefacto a Sebastian.

—¿Quisieron matarte, más o menos? Bien, ¿dónde están?

—Los dejé libres, señor.

Donner pareció al borde del colapso.

—¿Has dejado libre a Barrows y a dos de sus asesinos que habían querido matarte?!

¡Por Dios, Rufus!

—Me pareció conveniente, señor.

—¡Conveniente! ¿Por qué?

—Hice un trato con Barrows: él se va a dedicar a buscar al hombre... o mujer que contrató a Joey Hatton de un modo particular. Bueno, yo no creo que haya podido ser una mujer, ésa es la verdad. Cuanto más lo pienso más descarto la posibilidad de que una mujer entrase en tratos con Hatton, fuese luego capaz de matarle y, por si esto fuera poco, capaz también de tirarse al agua detrás del cadáver y clavarlo en el anclote como si fuese un pez en un anzuelo.

—Adelante con eso del trato que has hecho con Barrows.

—Pues eso: él se dedica a buscar al hombre que contrató de un modo particular a Hatton. Me dirá el nombre. Y yo olvidaré que él y sus hombres me molestaron en la lancha de Hatton.

Isaac Donner se pasó la mano por la calva, lentamente.

—Bien... Desde luego, Barrows está perfectamente capacitado para encontrar a esa persona que contrató a Hatton. Luego es posible que te lo diga y es posible que no. Y, por último, creo que debiste aprovechar la ocasión y meter a Barrows y sus asesinos entre rejas... ¿No te parece, Rufus?

—Esperaré una ocasión mucho mejor para atrapar a Barrows. De

momento va a serme útil.

Ahora Donner se rascó la calva.

—Bien, de acuerdo... Es decir: no estoy de acuerdo, pero acepto tu... actuación. Continúa con la hipótesis.

—Sí, señor... Decía que alguien contrató a Joey Hatton de un modo particular para que hiciese el trabajo. Luego, cuando estuvo seguro de que Hatton lo había hecho, lo mató.

—Entonces, ¿crees que la señora Howe...?

Rufus Sebastian carraspeó y miró de reojo a Rae Kelly.

—Bueno... Yo no tendría grandes esperanzas de encontrarla viva después de esto...

La damita palideció, pero no dijo nada. Miraba con ojos muy abiertos a Sebastian, a cuya presencia y aspecto, por lo visto, se iba acostumbrando.

Donner también carraspeó.

—Supongo que tendrás algún hilo del cual seguir tirando, Rufus.

—Creo que iré a visitar a Paul Bittelman. Como es natural, me entrevistaré con todas las personas que de un modo u otro estén o hayan estado relacionadas con la señora Howe. Entretanto, señor, me parecería conveniente que se enviase un telegrama a Jerry Howe allá en Los Everglades. Podemos enviarlo al FBI de Flamingo con instrucciones para que localicen cuanto antes la cabaña de Howe y le lleven el telegrama. Nuestros compañeros de Flamingo están muy acostumbrados a moverse por los pantanos, señor.

—Es una buena idea, Rufus. De acuerdo: enviaré ese telegrama... No, hombre; es mucho más práctico y rápido llamar por teléfono a los compañeros de Flamingo y pedirles que localicen a Jerry Howe y le den el mensaje de viva voz.

—Me parece estupendo. Mmm... Las balas que sacarán del cuerpo de Hatton serán examinadas. Ordené que le pasaran el informe a usted, señor.

—Bien. ¿Esperas conseguir algo con eso?

—En absoluto. Seguramente esa pistola ya no será hallada jamás. Pero no hay que dejar ningún extremo pendiente... Aunque el forense hizo un cálculo aproximado de la hora en que murió Hatton, le rogué que le comunicase también a usted el resultado de la autopsia. Le llamaré más tarde para que usted me pase ese informe.

—De acuerdo. En cuanto a la señorita Kelly, quizá ella...

Sonó el teléfono, y Donner lo descolgó en el acto.

—Inspector Donner. Diga.

—¿...?

—Si.

—...

—Un momento —tendió el auricular a Rufus—. Preguntaban por mí, pero era para dejar un recado destinado a Rufus Sebastian, así que atiéndelo tú mismo. Son los guardacostas.

Sebastian atendió la llamada. Estuvo escuchando como un minuto, hizo un par de preguntas y colgó.

—La lancha «Sea» ha sido encontrada. Es una de las dos que tenía Joey Hatton para alquilar.

—¿Dónde la han encontrado?

—A la deriva, completamente vacía, como un cuarto de milla más abajo del «Pier Cinco», muy cerca de la playa de Bayfront Park.

—¿Te dice algo eso, Rufus?

—No sé... Tendré que pensarlo. Yo creía que estaba alquilada, pero ahora no sé qué pensar... ¿Llamará usted a Flamingo, señor?

—En cuanto te vayas de mi despacho. Ah, decía antes que respecto a la señorita Kelly quizá ella prefiera no ir más contigo de un lado a otro. No es cosa de obligarla a ver cadáveres... De modo, señorita Kelly, que si le parece bien ordenaré que la lleven a su casa.

Rae miró a Sebastian. Éste había inclinado la cabeza y contemplaba con enorme interés la colilla de su cigarrillo, inmóvil. La muchacha miró luego a Isaac Donner y musitó:

—Si el señor Sebastian va a ver a Paul Bittelman, yo... yo puedo ir con él...

—Entienda, señorita Kelly, que nosotros le agradecemos mucho su... colaboración, pero...

—No me molesta ir a ver a Paul, inspector Donner.

—Bien, como usted quiera. Me he molestado en localizar los domicilios de ustedes y del señor Bittelman y he visto que casi son vecinos. Ustedes, es decir, su hermana y su marido y usted, viven en el 444 de Nautilus Drive, y el señor Bittelman en el 1912 de la North Bay Road, en Miami Beach... ¿Correcto?

—Sí.

—Bien... El agente Sebastian la dejará en la dirección que usted le pida, teniendo en cuenta la proximidad de su domicilio con el del señor Bittelman.

—Gracias. ¿Puedo... podemos marcharnos ya?

—El agente Sebastian tiene la palabra.

Rufus se levantó, dejó la colilla en el cenicero y miró fijamente a la damita deliciosa y perfumada.

—Cuando usted guste, señorita Kelly.

Rae parpadeó. Era una tontería lo que estaba pensando en aquel mismo momento, pero... le gustaban los ojos de Sebastian. No eran unos ojos corrientes. Parecía como si allí se compensase la fealdad de Rufus Sebastian... Y de súbito otro pensamiento dejó a la damita sin habla: ¿cuál fealdad?

—Cuando usted...

—Oh, sí... Ahora... Podemos ir ahora mismo, si le parece.

Como las veces anteriores, Sebastian fue hacia la puerta, la abrió y dejó pasar a la muchacha; luego salió él, tras hacerle un gesto de despedida a Donner con la cabeza.

La chufa..., es decir, la secretaria de Isaac Donner, miró al melocotón, o sea, a Rae Kelly, todavía con cierta animosidad; pero sonrió de oreja a oreja, hecha un bomboncito de miel sobre hojuelas, cuando Sebastian le susurró un «adiós, Lulu», al que contestó con tono de caramelo:

—Hasta la vista, Rufus.

Salieron a la calle y se acomodaron en el coche. Sebastian miró de soslayo a Rae y musitó:

—¿No es un nombre horrible?

—¿Cuál?

—Rufus.

—No sé... No había pensado en ello.

—Claro, ya entiendo... ¿La llevo a su casa o prefiere visitar al señor Bittelman?

—Iré a ver a Paul..., si es que le encontramos.

CAPÍTULO V

Paul Bittelman estaba en casa. Una villa no demasiado cómoda, bonita y bien cuidada. No faltaba ninguno de los detalles de buen gusto o del buen vivir.

En cuanto a Paul Bittelman, era un hombre como de cuarenta años, alto, esbelto, muy agradable, pero de facciones un tanto toscas. Resultaba interesante y, en cierto modo, atractivo; pero, por supuesto, no podía pensarse en él como en el conquistador de corazones femeninos. Y no sólo por su edad, ya que tenía precisamente la más adecuada, sino por su temperamento más bien seco y poco dado a tonterías. Tenía algunas canas, los ojos oscuros y un sólido mentón que agradó a Rufus Sebastian.

Había aparecido en el *living* a toda prisa, precipitándose inmediatamente hacia Rae, quien tan sólo con el gesto hizo comprender a Bittelman que las cosas no iban bien... O al menos que no parecían ir bien.

—Llevo toda la tarde llamándote, Rae... Tus criados no sabían dónde encontrarte, y aunque me habías dicho que irías al FBI, me pareció más discreto no preguntar por ti allí...

La damita deliciosa señaló al federal.

—El es Rufus Sebastian, Paul... Agente del FBI.

Sebastian inclinó la cabeza y Bittelman se quedó mirándolo con curiosidad, tras corresponder al saludo.

—¿Sebastian? —murmuró—. ¿Pertenece usted a los Sebastian que tienen una constructora de lanchas rápidas?

—Soy todo lo que queda de esos Sebastian, sí.

—Oh, su fortuna se calcula en... —Bittelman quedó desconcertado—. Oiga: ¿dice que usted es agente del FBI?

—Así es.

—Pero...

—Quisiera hacerle unas preguntas, señor Bittelman, si es usted tan amable de atenderme.

—Oh, sí... ¿*Whisky*?

—Gracias, ahora no; estoy de servicio.

Paul Bittelman miraba incrédulamente a Sebastian, pero optó al fin por encogerse de hombros y atender la situación en el plano de particular a investigador.

—Supongo que Rae les informó de la desaparición de Lucy y que están dedicados a buscarla, señor Sebastian.

—Así es. La señorita Kelly firmó una denuncia de rapto, de modo que el FBI se ha encargado de esto inmediatamente.

Rae Kelly se dejó caer en un sofá y se retorció las manos nerviosamente.

—Paul, es horrible. Vimos a un hombre...

Se calló bruscamente al ver la fija mirada de Sebastian y el ceño fruncido.

—¿Decías, Rae?

—Oh, yo... El señor Sebastian te informará mucho mejor, Paul.

—Bien. ¿Señor Sebastian?

Bittelman entregó a Rae el vaso de *whisky* con soda que le había preparado y con otro en la mano para sí mismo se sentó junto a la muchacha, mirando con atención a Sebastian.

—Supongo que usted no ha tenido noticias de la señora Howe, señor Bittelman.

—En absoluto.

—¿Desde cuándo no la ve usted?

Bittelman miró a Rae como extrañado.

—¿No les ha contado la señorita Kelly...?

—Desde luego. Me considero obligado a decir que la señorita Kelly ha llevado su amabilidad con nosotros mucho más lejos de lo necesario... u obligado.

—Entonces...

—Ocurre, señor Bittelman, que los... mmm... paisanos a veces no prestan la debida atención a ciertos detalles. Por eso nosotros procuramos conversar con el mayor número de ellos posible... Por lo general, entre unos y otros sólo nos proporcionan informes para desconcertarnos, ya que no coinciden. Pero en algunas ocasiones

encontramos personas con un aceptable poder de atención... Quizá usted sea una de esas personas, señor Bittelman, en cuyo caso su explicación propia puede ser proporcionar algún nuevo dato.

—Entiendo... ¿Qué es lo que quiere saber?

—En primer lugar, creo que debo decirle que tenemos muy pocas esperanzas de que la señora Howe haya salido con bien de... de estos sucesos.

Paul Bittelman quedó completamente lívido.

—¿Por... por qué suponen... eso?

—Por una serie de detalles que más adelante pondré en su conocimiento. No es costumbre en nosotros dar explicaciones, usted lo sabe. Pero le ahorraré a la señorita Kelly el trabajo de informarle, y, sin ánimo de molestarla, creo que lo haré mucho mejor.

—Sí, claro..., sin duda...

—Dígame qué ocurrió y cómo ocurrió cuando ustedes dos vieron por última vez a la señora Howe.

Paul Bittelman obedeció, explicando a Sebastian lo que éste solicitaba. En general, y salvo detalles de apreciación personal, que ninguna importancia podían tener, su explicación coincidió con la de la damita.

Sebastian le había escuchado con toda atención, de pie ante él y con las manos en la espalda. No le había interrumpido ni una sola vez.

Sólo habló cuando Bittelman acabó su explicación.

—¿Suelen ustedes ir al Mozambique, señor Bittelman?

—Bueno... No está lejos de aquí... Sí, algunas noches vamos allá a tomar unos tragos y ver las atracciones.

—¿Con Jerry Howe?

—Claro.

—Pero la otra noche fueron sin él.

—Jerry aceptó el consejo del médico y decidió pasar una semana en su cabaña de Los Everglades. Últimamente estaba un poco... desquiciado...

—¿Por asuntos de negocios?

—Bien... No sé. Supongo que no.

—¿Los negocios van bien, señor Bittelman?

—No podemos quejarnos, desde luego.

—¿Por qué no acompañó la señora Howe a su esposo?

—No le gustan aquellos lugares. Y como solo era una semana...

—Entiendo. Ella prefiere Miami. Lo pasa mejor aquí... Y entonces ustedes tres salieron a distraerse un rato.

—No creo que haya nada de malo en eso.

—Por supuesto que no. ¿Es cierto que usted ama a la señora Howe, señor Bittelman?

Ahora Paul Bittelman enrojeció violentamente.

—No creo que eso sea de su incumbencia.

—Perdone... ¿Pudo usted leer algo de lo que decía aquel papel, señor Bittelman? Me refiero, claro, al que recibió la señora Howe en presencia de ustedes dos.

—No pude leer nada.

—Mala suerte... Quería evitarme la visita al Mozambique, pero me temo que no lo conseguiré. ¿Conocen ustedes al camarero que llevó la nota?

—Sí.

—¿Qué clase de persona les parece?

Bittelman y la damita se miraron desconcertados.

—¿Qué clase de persona nos parece un camarero?

Sebastian no pudo evitar cierta mordacidad al decir:

—Considérenlo por un momento como una persona cualquiera parecida a nosotros y díganme qué opinan de él. ¿Creen que sería capaz de leer una nota antes de entregarla a quien se le había indicado?

—Oh, pues... No lo sé.

—¿Cómo se llama ese camarero?

—George.

—George... ¿qué más?

—George a secas. No conocemos su apellido.

—Entiendo... ¿Es cierto que Jerry Howe tiene una... amiga?

—Creemos que sí.

—¿Cómo se llama?

—Daisy Mackey.

—¿Dónde vive?

—En el 6290 de la South West 8th Street.

—Eso está por... Coral Gables, creo. ¿Cómo saben todo eso de la amiguita de Jerry Howe?

Paul Bittelman compuso un gesto hosco.

—Yo lo descubrí.

—¿Y le dijo lo que había descubierto a la señora Howe?

—Se lo insinué.

—Es posible que ése fuese el motivo del desquiciamiento nervioso de Jerry Howe, ¿así como de la... escasa armonía entre él y su esposa?

—No sé... Supongo que sí es posible.

—Bien... No se me ocurre nada más que preguntarles ahora. De momento iré al Mozambique a hablar con George. Y luego iré a descansar unas horas en la Delegación, de modo que si me necesitasen para cualquier cosa, no vacilen en llamarme, sea la hora que sea. Esperamos al señor Howe mañana a primera hora..., pongamos hacia las diez de la mañana. Para entonces, si les necesitamos, espero que podamos contar con ustedes.

—Desde luego.

—Otra cosa: les ruego que no intenten averiguar nada por sí mismos cerca de ese camarero ahora. Yo me encargo de él, y no me parecería acertado que lo pusiesen sobre aviso.

—De acuerdo.

Los fantásticos ojos azul-felino de Rufus Sebastian se fijaron brevemente en Rae.

—Bien... Buenas noches, señorita Kelly. Gracias por su ayuda.

—Adiós, señor Sebastian.

—Le acompañaré —dijo Bittelman.

—Gracias.

Poco después Sebastian salía de la quinta, caminaba hacia su coche y se metía en él. Arrancó, recorrió unas trescientas yardas North Bay Road abajo, dio la vuelta y regresó hacia la quinta de Paul Bittelman, deteniéndose bajo la sombra de un grupo de palmeras, como a setenta yardas de la quinta, entre dos coches allí estacionados. Encendió un cigarrillo. Luego, por medio del radioteléfono, se puso en contacto con Isaac Donner.

—Soy Sebastian, señor.

—¿Qué hay, Rufus?

—¿Avisó a los muchachos de Flamingo respecto a lo de Howe?

—Seguro que sí.

—Bien... ¿Se sabe algo del forense?

—Sitúa la muerte de Joey Hatton entre las once y la una de la

noche de ayer. O sea, que hace de eso unas... veintidós o veinte horas.

—Ya... ¿Y de Balística?

—Se tiene todo ya; las balas están clasificadas... Ahora sólo falta encontrar la pistola.

—¿Qué pistola?

—Según parece, una vieja «Luger» del nueve largo.

—¿Qué quiere decir eso de «vieja»?

—Oh, antigua, antigua...

—Hum... Bueno, entienda, señor: tenemos una posibilidad de saber lo que decía la nota que recibió la señora Howe...

—¿El camarero?

—Sí.

Sebastian oyó la risa de Donner:

—¡Creí que eso se te pasaría por alto, Rufus! Llegué a temerlo, de veras.

—Ya ve que no. El camarero se llama George. Ni Bittelman ni la señorita Kelly saben el apellido. Pero espero que bastará ir al Mozambique, preguntar por el camarero George y apretarle las clavijas.

—¿Crees que pudo leer la nota?

—Depende de la clase de tipo que sea. No sé. Pero supongo que no perdemos nada preguntándole. Entienda que no voy a hacerlo yo, señor.

—¿Ocurre algo?

—De momento, no. Pero estoy a la expectativa... Ya le explicaré. Envíe al Mozambique a un par de agentes y que se las entiendan en serio con ese George. Naturalmente, empezará negando que él leyese esa nota. Pero también naturalmente es posible que mienta. Que le aseguren discreción y tal, pero que le saquen la verdad.

—Está bien. ¿Te llamo al coche?

—No. Yo le llamaré cuando me vaya bien.

—De acuerdo, Rufus. ¿Algo más?

—No, señor Por ahora no... ¡Oh, sí! Si Paul Bittelman o Rae Kelly me llamasen ahí, dígales cualquier cosa para eludir mi presencia al teléfono, Pero que quede bien sentado que estoy en la Delegación o algo así. De ninguna manera deben creer que estoy cerca de la quinta de Bittelman.

—Entiendo... ¿Los estás vigilando?

—Pues algo así. Más que nada es curiosidad.

—Ya, ya.

—Nada más, señor; cuelgo.

—Hasta la vista, Rufus.

—Adiós.

Sebastian colgó y miró la hora en su reloj: las once y veinte minutos.

Había un considerable tráfico en North Bay Road. Más allá, hacia la playa que daba a Biscayne Bay, se veían muchas palmeras, casi inmóviles en la noche estival. Una hermosa noche de verano en la que había sido hallado un cadáver. Hacia la izquierda y un poco abajo se veían los faros de los coches que circulaban por Julia Tuttle Causeway, la autopista sobre el mar que unía Miami Beach con Miami.

Sebastian se encontró de pronto pensando en Paul Bittelman. Parecía un hombre serio e íntegro; dos buenas cualidades..., de ser ciertas. Evidentemente, era mayor de lo que debía ser Jerry Howe, aunque no parecía éste un motivo por el cual Lucille Kelly pudiese haberse decidido por Howe. Rae Kelly debía tener unos veintidós años. Lucille Kelly, que según impresión propia era mayor que Rae, debía tener algo más de veinticuatro. Impresiones personales, claro... Por la mañana se solicitarían de Rae Kelly todos los datos referentes a su hermana, así como fotografías, de las cuales se harían cientos de copias que serían distribuidas entre todo el personal de la Delegación del FBI. También convendría avisar a la Policía, a la Highway Patrol, a los guardacostas...

Pero la noche aún era larga y quizá Lucille Howe apareciese antes del amanecer... O fuese hallada. En esto último no tenía Rufus Sebastian la menor esperanza.

A las once y media, un coche ocupado por Rae Kelly y Paul Bittelman salía de la quinta de éste y pasaba rápidamente junto al coche en el que estaba esperando Sebastian, el cual salió en el acto en su persecución, pero con cautela y prudencia.

Bittelman llevaba un «Lincoln Continental» descapotable que seguramente ni siquiera tenía diez mil millas en el contador. Todo un señor don coche.

Se desviaron hacia Alton Road al llegar a los terrenos del Mount

Sinai Hospital; tomaron la curva de evitación de cruces por debajo de Julia Tuttle Causeway; recorrieron el cuarto de milla por la lateral, y entonces tomaron ya Julia Tuttle, tramo de la interestatal 195.

Cruzaron Biscayne Bay viendo debajo el mar y las luces de numerosos yates. Miami brillaba delante, pero Miami Beach, quedando atrás, todavía brillaba con más intensidad. Se desviaron hacia la izquierda, a la altura de Stearns Park, antes de llegar a la costa, de modo que una vez en tierra firme llegaron en seguida a Biscayne Boulevard, que siguieron hasta el principio, pasando por la autopista agregada que pasa por delante de Bayfront Park. Allí se desviaron por la calle Segunda S. E. para tomar Brickell Avenue y, por último, en el cruce, tomaron la Tamiami Trail o Calle Octava.

Segundos después, Rufus Sebastian, fruncido el ceño, seguía al «Lincoln Continental» por S. W. 8th Street. Así hasta casi llegar al cruce con Red Road, que define los límites de Coral Gables por el Oeste con West Miami.

Cuando fue a darse cuenta, Rufus Sebastian estaba ante la entrada de un lugar que le hizo palidecer: «Alan Motel».

Y dentro del motel, aparcando el coche, Paul Bittelman y Rae Kelly.

Sebastian se apeó del coche cuando ya sus perseguidos se dirigían hacia la cabaña-conserjería del motel, y entró en éste con todas las precauciones para no ser visto. Se sentía realmente mal al ver a Bittelman y a la preciosa criatura que era Rae Kelly dispuestos a tomar una cabaña.

Y cuando más profundamente disgustado estaba recordó de pronto, como un fogonazo, el número que había visto a la entrada del motel: el 6290.

Desapareció el principio de asco que estaba sintiendo y se notó tan aliviado que casi se echó a reír.

Bittelman y Rae salían entonces de la cabaña-conserjería y caminaban por la acera de tablas, con el paso lento e incierto de quien está buscando el número de la cabaña que le interesa.

La encontraron casi en seguida: era la séptima contando desde la conserjería.

Sebastian los vio llamar, esperar, volver a llamar... Bittelman hizo algo que obligó a Sebastian a fruncir el ceño: se envolvió la

mano en un pañuelo, golpeó uno de los pequeños cristales de la ventana de la derecha, metió la mano por allí y abrió la puerta de la cabaña.

El

G-man

empezó a caminar hacia allí. Vio encenderse la luz.

Y en el acto oyó el grito, bruscamente retenido, de una mujer. Respingó y, sin dudarlo un instante, echó a correr.

Hubiese jurado que aquel conato de grito había brotado de la garganta de Rae Kelly.

CAPÍTULO VI

Entró a toda velocidad en la cabaña. Apenas un pie dentro de ella, vio a Rae Kelly y a Paul Bittelman, éste sujetando a la muchacha por la cintura y dándole palmaditas cariñosas en una mejilla.

Sebastian no hizo caso de la palidez de ambos personajes ni de la desmayada e incierta mirada que le dirigió la damita. Caminó hasta el centro del pequeño *living* y se plantó delante del cadáver.

Una mujer.

Claro: Daisy Mackey.

Estaba sentada en un sillón. A primera vista se podía pensar que estaba la mar de cómoda y tranquila, muy fresquita en su camisón de dormir. Luego, casi en seguida, se reparaba en los detalles que habían obligado a gritar en corto a Rae Kelly. Los detalles eran los ojos casi fuera de las órbitas, la lengua fuera de la boca, hinchada; las marcas ya de tono negro en la garganta, el general tono violáceo en todo el rostro, el color marfil viejo en las muy abundantes partes de su cuerpo que quedaban visibles bajo el vaporoso camisón.

Daisy Mackey, empero, continuaba sentada. Estaba claro que la habían dejado así. ¿Sentido del humor? Luego, la rigidez había hecho presa en ella, y de modo instintivo Sebastian se dijo que no iba a ser tarea fácil, ni mucho menos agradable, «estirla» para colocarla primero en una gaveta refrigeradora de la Morgue y luego en un ataúd.

Se volvió hacia Bittelman y la encantadora Rae Kelly.

El hombre le miraba bastante impresionado, pero perfectamente dueño de sí; la muchacha estaba terriblemente asustada, y sus maravillosos ojos verdes parecían buscar un consuelo en los azules del agente del FBI.

—Cálmese, señorita Kelly... Y no mire hacia aquí. Quisiera

poder cubrir el cadáver, pero puedo estropear alguna huella... Lo siento.

Se acercó a los dos, tomó a la muchacha por un brazo y la llevó suavemente hacia otro sillón. La sentó y le dio un suave golpecito en un hombro.

—No mire hacia allá, recuérdelo. Usted, señor Bittelman, ¿quiere hacerme un favor?

—Yo... Sí, desde luego...

—Bien. Vaya a la cabaña-conserjería y llame por teléfono al inspector Donner, a la delegación del FBI. Dígale simplemente lo que ha visto aquí. Luego regrese.

—Sí... ¿Qué número... qué número...?

—El

379-2421.

Bittelman salió de la cabaña. Sebastian oyó sus pasos en el porche. Pero no oyó ninguno más. Al parecer, el grito de Rae Kelly solamente había sido oído por él... Mejor. No interesaba en modo alguno la aparición de curiosos, que sólo molestarían y entorpecerían el trabajo.

Sebastian conservaba una mano en un hombro de la damita. Pareció darse cuenta de pronto de eso y la retiró vivamente. Luego encendió dos cigarrillos y le colocó uno a Rae en los labios...

Le daría algo de beber, pero no quiero tocar nada aquí señorita Kelly.

—Usted... usted es muy amable... ¡Oh, Dios mío, esa mujer es... es horrible...!

—No es ésa mi opinión.

—Quiero... quiero decir que ella...

—Quiere decir que está horrible ahora, que es horrible mirarla en estos momentos... ¿Sí, señorita Kelly?

—Eso... eso es...

—De acuerdo con usted. La han estrangulado. Así, sencillamente; alguien llegó aquí, entró y la estranguló. Sin miramientos de ninguna clase... Pudo matarla a tiros, degollarla, asfixiarla con el gas... Pero no. La estranguló tranquilamente. Vamos a descartar de una vez por todas la posibilidad de que todo esto lo esté... o lo haya estado haciendo una mujer. Un hombre: eso es lo que tenemos que buscar.

—Es... es horrible...

Sebastian pareció a punto de dar nuevas palmaditas en el hombro de la damita; pero vio la piel sonrosada y suave, la fina curva del hombro, de la garganta..., y su mano quedó en el aire.

—Yo... Bueno, lamento que usted tenga que estar soportando todo esto...

—¿Y Lucille? ¿Qué le habrá ocurrido a mi hermana?

Sebastian notó un nudo gigantesco en la garganta.

—Oh, no sé... Quizá la encontremos... pronto. Hasta es... hasta es posible que ella esté bien.

La damita miró directa, fijamente al

G-man

. Sebastian podía ser considerado feo con todos los honores, pero de tonto no tenía ni una pizca. Tampoco parecía tener nada de tonta Rae Kelly... Su mirada expresaba claramente que estaba ya convencida de que su hermana había corrido la misma suerte que Daisy Mackey o algo parecido.

—Usted dijo antes...

—No haga caso... Los investigadores somos pesimistas... Pero le juro que a veces nos equivocamos.

Rae Kelly no dijo nada. Ciertamente: los policías, como todo el mundo, se equivocaban a veces. Pero no en aquella ocasión. No por lo menos Rufus Sebastian, cuyas hipótesis debían deslizarse por sendas ciertamente sombrías.

El

G-man

desvió sus ojos de los de la damita para mirar nuevamente el hombro.

Carraspeó.

—Daré una vuelta por aquí. No espero encontrar nada a simple vista, pero...

Seguro. A simple vista no pudo encontrar nada que pudiese ayudarlo en la confección de nuevas hipótesis. Pero, en realidad, no necesitaba más hipótesis. A veces las cosas se presentaban tan claras que las hipótesis se deshacían como humo al viento... Y eso era lo malo: lo que tan claro parecía casi siempre era falso a la hora final...

Paul Bittelman regresó de la cabaña-conserjería llevando tras él

al encargado del motel. Sebastian le cerró la puerta en las narices.

—¿Habló con el inspector, señor Bittelman?

—Sí... El... él envía ahora mismo un equipo aquí...

—Bien. Siéntese, por favor. La señorita Kelly agradecerá su compañía.

Continuó dando vueltas por la cabaña con todo cuidado. Ciertamente, Rufus Sebastian era un buen policía. Uno de esos hombres que reflexionan antes de dedicarse a una cosa.

Y una vez han tomado su decisión, la hacen bien. Sebastian partía de una base un tanto estricta e inflexible que podía aplicarse a cada persona: «Haz lo que quieras..., pero hazlo bien. No basta hacer las cosas; hay que hacerlas bien. O no hacerlas».

Sin saber por qué, se sintió atraído por el listín telefónico. Había varios tomos en la mesita sobre la cual se hallaba el aparato. El que quedaba más arriba era el de Miami; después seguían el de Coral Gables, Miami Beach, North Miami, South Miami...

Fue una inspiración.

O hacer bien las cosas... o no hacerlas.

Pero a veces el hacerlas bien depende, más que de la voluntad, de un don que Dios coloca en cada individuo. Bajo la corta cabellera del agente del FBI latía con pleno vigor el don del buen policía. Y siempre la suerte había definido la actividad de Rufus Sebastian.

Colocó el tomo de Miami sobre la mesita junto al teléfono. Y se fue directo a la H.

Okay.

Hatton, Joey. Allá estaba. Su número de teléfono aparecía marcado con una diminuta cruz, escrita con bolígrafo, según parecía. Luego buscó otros nombres: Bittelman, Howe, Kelly, Barrows...

Nada. Solamente aparecía marcado el nombre de Joey Hatton.

¿Todo era casualidad... o a veces incluso los policías tenían suerte?

Poco después oía la llegada de un par de coches al *parking* del motel. Se asomó a la ventana y los reconoció al instante.

Abrió la puerta de la cabaña cuando calculó que sus compañeros del FBI estaban llegando a la cabaña, y se encontró con uno de ellos que ya alzaba la mano hacia el llamador.

—Hola, Prawly.

—Hola, Rufus. Otro, ¿eh?

—Otra. Es una bella señora. Sed delicados.

—Claro, claro...

Entraron seis hombres, todos ellos de paisano. Un agente quedó en el porche de la cabaña. El forense entró en último lugar — Sebastian— gruñó—: tengo la negra.

—¿Por qué, Ollingen?

—Porque siempre me toca turno con usted.

Dentro brillaban ya los fogonazos del *flash*. Dos de los

G-men

se dedicaban a medir el *living*, otro echaba polvitos, otro pasaba con un pincelito y el quinto estaba marcando el contorno del cadáver en el sillón; era difícil marcar allá la postura de la víctima, pero aquél era su oficio...

—¿Hora, Sebastian? —preguntó uno de los medidores al terminar.

—Veintitrés cincuenta y siete.

—Gracias. ¿Olor, ventanas, puertas...?

—Todo está igual que a las veintitrés cincuenta y siete, Joe.

—Bien.

El forense se había acercado ya a la mujer y la estaba examinando. Cada cual a lo suyo. Sebastian se acercó y el forense pareció dispuesto a informarle, pero el

G-man

cortó.

Sólo le haré una pregunta, Ollingen: ¿pudo morir hace dos noches, entre las diez y las doce?

El forense soltó un gruñido:

—Si ya lo sabía, Sebastian, pude ahorrarme el viaje.

—¿Fue a esa hora y ese día?

—Exacto. Murió anteanoche, entre las diez y las doce. Si ya sabe medicina, no moleste al prójimo, Sebastian.

—Sé muy poco de medicina, Ollingen. Se trata solamente de una hipótesis deductiva de investigación.

—¡Bah! ¿Me lo llevo?

—Sí.

Ollingen salió de la cabaña y Sebastian se fue hacia uno de los

componentes del equipo de Huellas.

—¿Listo, Joe?

—En seguida acabamos.

—¿Hay huellas?

—A montones. Sabremos algo dentro de una hora.

Sebastian consultó su reloj.

—Te llamaré a la una y media. ¿Conforme?

—Conforme. Si tuviese que volver a salir, le pasaría el informe al jefe.

—Estupendo. Yo me voy ahora, Joe. Deja la cabaña clausurada y un agente en la puerta. Estaré en contacto continuo con el jefe, de modo que ya sabes cómo localizarme si fuese preciso.

—Bueno.

Sebastian fue hacia donde estaban Bittelman y Rae y les hizo seña de que le siguiesen.

Ya en el porche dijo:

—Nosotros nos vamos de aquí.

—¿Adónde? —inquirió Bittelman.

—Pues... Bien, quisiera pedirles que fuésemos los tres al domicilio de la señorita Kelly..., si no hay inconveniente.

—Ninguno... —musitó la muchacha.

—Gracias. Ustedes pueden ir en el coche del señor Bittelman. Yo les seguiré en el mío.

—Está bien...

Sebastian dejó a Rae y a Bittelman entrando en el coche de éste y él continuó caminando hasta salir del motel. Entró en su coche y en seguida el de Bittelman pasó por su lado. Arrancó y se fue tras él.

Sin duda tenían bastante que hablar. No se había comentado el hecho de que Sebastian apareciese tan oportuna e inesperadamente en el motel, y eso requeriría conversación.

Pero también requeriría conversación la explicación de por qué Rae Kelly y Paul Bittelman habían ido juntos al Alan Motel, y precisamente a la cabaña que ocupaba Daisy Mackey, la amiguita de Jerry Howe.

CAPÍTULO VII

La quinta de las Kelly era algo más grande y un tanto más suntuosa que la de Paul Bittelman; pero tampoco mostraba ninguna exageración. También tenía terraza, jardín con palmeras, piscina y una pista de tenis. Senderos enarenados, verjas de hierro... Lo corriente. Lo corriente dentro de lo que suelen ser las quintas en Miami Beach, se entiende.

El *living* era muy grande y tenía una terraza anexa de dimensiones considerables. Había cuadros con aspecto de añejos y de buenas firmas, un par de bustos y algo que sorprendió discretamente a Sebastian: un piano.

Bittelman parecía estar como en su casa. Estaba claro que las relaciones entre él y las Kelly eran lo bastante antiguas y cordiales para permitirle sobradamente tal actitud.

—¿De veras no quiere nada, Sebastian?

—Estoy de servicio.

—Oh, vamos... A cualquiera de nosotros nos conviene ahora un buen trago de *whisky*.

—De acuerdo: media pulgada de *whisky* y el vaso lleno de soda.

Bittelman encogió los hombros y preparó el pedido del agente del FBI. El y Rae bebían *whisky* a secas, sin tan siquiera el atenuante del hielo.

—¿Qué fueron a hacer al motel, señor Bittelman?

La pregunta pareció pillar por sorpresa al interpelado, que se quedó a medio encender un cigarrillo. Luego acabó de encenderlo, miró a Rae y por fin de nuevo a Sebastian.

—Queríamos charlar con Daisy Mackey.

—¿Sobre qué?

—Sobre Jerry.

—Ah... ¿En qué sentido?

—Queríamos saber si ella había visto a Jerry en estos tres últimos días.

Sebastian asintió con la cabeza. Se quedó durante medio minuto mirando uno de los buenos cuadros. Luego bebió un sorbo de soda con *whisky*, fue hacia un sillón y se dejó caer con evidente satisfacción.

—Veamos si yo lo interpreto bien, señor Bittelman: usted y la señorita Kelly están convencidos de que Jerry Howe tiene algo que ver en todo esto. ¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Antes hizo usted una pregunta mucho más inteligente, Sebastian.

—¿A cuál pregunta se refiere?

—A la de si yo amaba a Lucy.

—¿La amaba, señor Bittelman?

—La amo.

—¿Por qué no se casó con ella?

—Ella no me aceptó.

—¿Y usted le guarda rencor por eso?

—¡Claro que no!

Bien... ¿Qué tiene que ver su amor por Lucille Howe con todo esto?

—Por lo menos una cosa: que yo jamás habría atentado contra ella en ningún sentido.

—Parece lógico.

—Supongo que todavía le parece más lógica la idea de que Rae no deseaba ningún mal a su hermana.

—Naturalmente, señor Bittelman. Concrete esto: ¿qué pensaban hablar con Daisy Mackey?

—Queríamos saber si Jerry había estado aquí durante estos tres días, o algunos de ellos, o siquiera fuese unas horas, y qué horas fueron ésas. Rae y yo estamos convencidos de que Jerry está absolutamente involucrado en esto.

Sebastian bebió otro sorbito de soda con *whisky*. Hubiese preferido *whisky* con soda, pero...

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho: ni Rae ni yo deseábamos ni deseamos ningún mal a Lucy.

—¿Y el señor Howe sí?

—Estamos convencidos de eso.

—A ver: expongan su hipótesis... Eeeh... Bueno, lo que piensan de todo esto.

—¿Quiere saber todo lo que pensamos?

—Así es.

—De acuerdo. Escuche: Jerry sabe que Lucy se ha enterado de sus asuntos. La cosa está muy... desagradable, muy tensa. Entonces el médico aconseja a Jerry que se tome unos días de completo descanso.

—Ya comprobaré...

—¡No se moleste! Eso es cierto, Sebastian.

—Ah, bien... Siga, Bittelman.

—Jerry ve su gran oportunidad. Antes de marcharse contrata a un asesino, es Joey Hatton... Le dice que tiene que matar a Lucy y a Daisy Mackey. Hatton las mata a las dos. Entonces Jerry, que ha estado en Miami sin que nadie lo sepa, mata a Hatton. Entonces regresa a Los Everglades, y a esperar.

—Muy conciso, pero muy claro, señor Bittelman. Sin embargo, me temo que usted no ha pensado en un detalle: ¿por qué ha de querer Jerry Howe que Daisy Mackey sea asesinada? Me parece muy... lógico que quiera deshacerse de su esposa, a la cual, según interpreto, no ama realmente. Pero ¿por qué hacer matar también a su amiguita?

—Porque Jerry la tiene como... como un pequeño desquite. Pero en realidad él ni quiere a Lucy ni a Daisy Mackey.

—Vaya... ¿No quiere a nadie el señor Howe?

—A mí.

Sebastian se quedó mirando boquiabierto a Rae Kelly.

—¿A... usted, señorita Kelly?

—Sí.

—Bien... Esto... Vaya, no entiendo... ¿Qué quiere decir usted exactamente?

—No hace, mucho, Jerry me propuso matrimonio.

De nuevo quedó Sebastian estupefacto.

—¿Que le propuso matrimonio? Pues resulta ser un

desmemoriado terrible, ¿no cree?

Porque hace falta serlo para olvidar que es su cuñado de usted, señorita Kelly.

—Jerry quería divorciarse de Lucy. Me dijo que siempre me había amado a mí, pero que comprendió que yo no iba a aceptarlo, por lo menos de momento, y entonces se dedicó a mi hermana.

—¿Por qué?

—Por dinero, claro está. Las Kelly éramos unas ricas herederas de un buen negocio.

—Ya veo... Y puesto que usted no le quería, él se dejó querer por su hermana Lucille: entraba en la familia... y en el negocio.

—Sí.

—Luego, disgustado con Lucille, se buscó una amiguita, Daisy Mackey.

—Sí.

—Y ha querido aprovechar la ocasión de una magnífica coartada para librarse de las dos y seguir insistiendo en solicitar su mano... ¿Correcto, señorita Kelly?

—Creemos... creemos que sí...

—¿Usted... le ha alentado en algún modo? Quiero decir si le ha permitido suponer que aceptaría... algo de él... si llegaba a divorciarse de su hermana.

Rae Kelly enrojeció intensamente.

—De ninguna manera. Sólo he tratado de ser educada con él, en lo posible. Pero en cuanto a... a relaciones estrictamente personales, en ningún momento le he permitido creer...

—Entiendo, entiendo... Bueno, ustedes han llenado mi cabeza de ideas. Y debo admitir que, en principio, no me parecen malas... No en su conjunto, claro... Vamos a ver si he interpretado exactamente lo que ustedes piensan...

—Le escuchamos.

—Allá va: Jerry Howe recibe de su médico la recomendación de que descanse, aunque sólo sea una semana. Howe decide aceptar tan buena y saludable recomendación. Pero, antes de partir hacia la cabaña que tiene en Los Everglades, hace ciertos planes, que incluyen la muerte de su esposa y de su amiguita. ¿Bien?

—Sí, señor.

—Ejem... Esos planes precisan de la colaboración de un asesino.

El elegido es Joey Hatton, el cual, según creo, era amigo de Daisy Mackey...

—¿Por qué piensa eso, Sebastian?

—Porque el nombre de Hatton estaba marcado con una crucecita en el listín telefónico que había en la cabaña del Alan Motel, en el cual estaba alojada la amiguita de Jerry Howe. Fácil: Daisy Mackey, posiblemente gracias a su vida anterior, en absoluto publicable, conocía a tipos como Hatton. Y de conocerlos ella a conocerlos Jerry Howe, hay sólo medio paso. Daisy Mackey participa en los planes de Jerry Howe para deshacerse de su esposa. Le indica a Joey Hatton como un buen... asesino. Jerry Howe se decide; muy bien. Mientras él está fuera Hatton debe raptar y matar a su esposa. Lo que no sabe Daisy Mackey es que Howe ha ordenado a Hatton que también asesine a Daisy. De este modo, como decíamos antes, Jerry Howe se libra de las dos mujeres, y tiene el camino libre hacia el cariño... ejem... de la señorita Kelly. Si se casa con ésta, seguirá siendo socio de la firma al cincuenta por ciento, y, además, por fin tendrá a la mujer que ha estado amando desde el principio. ¿Bien?

—Bueno, Sebastian, hay un detalle... Si ese Hatton es amigo de Daisy Mackey..., ¿cómo va a matarla?

—Señor Bittelman, usted es un ingenuo. Los tipos como Hatton matan a quien se les ordene, si se les paga bien. Para Hatton, la pobre Daisy Mackey no era más que una chica a la que quizá... había conocido a fondo antes que Howe. ¿Entiende?

—Sí... ¿La mató Hatton?

—Casi seguro. Fíjense bien: entre diez y doce, posiblemente más cerca de las diez que de las doce, Joey Hatton estrangulaba a Daisy Mackey. Luego, ya más cerca de las doce, va al Mozambique, atrae a Lucille Howe... y ya no se sabe nada más de ella. Todo eso en una noche, entre diez y doce. Concretamente, anteanoche, entre las diez y las doce, como digo... ¿No fue antes de las doce que Lucille Howe les dejó a ustedes en el Mozambique?

—Sí... Hacia las once y cuarto, aproximadamente.

—¿Se da cuenta? Entonces, tenemos que Joey Hatton, siguiendo las órdenes de quien le paga, que suponemos es Jerry Howe, ha matado entre las diez y las doce de anteanoche a Lucille Howe y a Daisy Mackey. Del paradero de la señora Howe, a la que vamos a

suponer ya cadáver, no se sabe nada. Pero, indudablemente, de un modo u otro..., y debemos temer lo peor después de ver a Daisy Mackey, ha pasado por las manos de Hatton. Ahora bien, Joey Hatton, que ha sido contratado particularmente, es decir, sin recurrir a su... sindicato, sabe demasiado. Puede convertirse en un chantajista con respecto a la persona que le ha encargado ambas muertes. Entonces, lo más inteligente es matarlo a él. No es fácil, pero puede hacerse.

—Se ha hecho, ¿no?

Sebastian asintió.

—Desde luego. Hemos dado ya por sentado que Hatton es el asesino indiscutible de Daisy Mackey y el probable asesino de la raptada, desaparecida señora Howe. Ahora, vamos a seguir la pista del asesino... Es decir, de quien asesinó a Hatton. Veamos: la señora Howe desaparece anteanoche entre diez y doce; Daisy Mackey es asesinada anteanoche entre diez y doce. Exacto. Pero, a Hatton no lo matan hasta ayer noche, hacia las... diez. Sí, pongamos las diez. ¿Quién es el asesino? Parece que todo señala a Jerry Howe, que suponemos es quien ordenó a Hatton el asesinato de las dos mujeres. Jerry Howe, que anteayer debía estar en Los Everglades, bien a la vista de varios testigos, para tener su coartada respecto a los asesinatos de Daisy Mackey y Lucille Kelly, estuvo en cambio anoche en Miami. Esto es: llegó al «Pier Cinco» con su lancha, la que utiliza en los pantanos de Los Everglades... No. No llegó al «Pier Cinco». Dejó la lancha algo mar adentro y fue nadando hasta llegar a donde Hatton tenía sus lanchas. Subió a la que estaba Hatton, sacó de su bolsa de plástico la pistola «Luger» y amenazó al asesino, ordenándole que fuese mar adentro.

—Pero el cadáver de Hatton...

—Un momento, señorita Kelly.

—Es que...

—Sé dónde fue hallado el cadáver de Joey Hatton... Decía que... Eso es: Jerry Howe ordena a Hatton que vaya mar adentro en su lancha. Piensa matarlo, tirarlo al fondo del mar, y regresar con su lancha, por la noche, claro, a Los Everglades. Perfecto. ¿Sí?

—Sí, pero...

—Pero Hatton no está conforme con aquello. Intenta salvar el pellejo y entonces Jerry Howe le mete unos balazos en el pecho que

empujan a Hatton al agua. Izar un cadáver es comprometido, si bien no lo ha sido tanto dispararte con una pistola que lleva silenciador. Entonces, Howe se tira al agua, encuentra a Hatton, lo clava, lo ensarta en el anclote para que no sea hallado demasiado pronto, y se va nadando hasta la otra lancha, la «Sea». Sube a bordo y se va con ella hasta donde dejó anclada su lancha, la que utiliza en los pantanos para la caza del pato. Deja abandonada la «Sea», que es encontrada luego, es decir al día siguiente, por los guardacostas, a petición mía, y se larga de nuevo a Los Everglades, en su lancha. Y aquí no ha pasado nada... Nada de lo que se le pueda culpar, se entiende. O, por lo menos, eso es lo que está creyendo ahora, sin duda, el señor Jerry Howe. Pero la opinión de ustedes, y casi, casi, la mía, es que el señor Howe no debería estar tan tranquilo y confiado... ¿De acuerdo?

Rae Kelly y Paul Bittelman se miraron. Parecían casi asustados ante el poder mental de Rufus Sebastian.

—Bueno, Sebastian...

—¿Sí o no, Bittelman? ¿Es eso lo que concluyeron ustedes en su quinta después que yo me marché y los esperé?

—Sí, sí... Bien, no habríamos sabido explicarlo de un modo tan rotundo, pero... ¡Demonios, sí, eso es lo que nosotros pensamos!

—Entonces parece que estamos de acuerdo, después de tan larga parrafada por mi parte.

—Por mi parte, sí —musitó Bittelman.

—¿Señorita Kelly? —inquirió suavemente Sebastian.

—No sé... Sí, supongo que... que aproximadamente así debieron ocurrir las cosas... Pero usted nos siguió a Paul y a mí... ¿Es que desconfiaba de nosotros?

—No.

—¿Entonces...?

—Pues... Me pareció que el señor Bittelman tenía en la cabeza algo que no le dejaba estar muy tranquilo, y que tenía deseos de que marchase. Eso me hizo pensar que tenía algo que hacer, y entonces les esperé en North Bay Road.

—Y nos siguió hasta el motel.

—Claro. Al principio, al ver el motel... Oh, bueno, estaba un poco desconcertado, y no me di cuenta en seguida de que aquella dirección era precisamente la de Daisy Mackey, que ustedes me

habían proporcionado.

Rae Kelly enrojeció un poco.

—¿Qué creyó usted?

—Pues... Vaya, yo... Ejem... Esto...

Bebió un trago de soda con *whisky*. No sabía ya ni a soda, ni a *whisky*, ni a *whisky* con soda, ni a soda con *whisky*... Sabía a demonios con agua mal gaseada. *Okay*: a eso sabía.

—¿Qué creyó usted? —insistió Rae.

—Creo que... que me serviré un poco de *whisky* solo...

—Está de servicio —recordó Bittelman, un tanto zumbón.

—Oh, es cierto. Vaya, me quedará sin...

El repiqueteo del teléfono fue como la campana de final de asalto para Rufus Sebastian, que suspiró aliviado cuando Rae Kelly fue a atender la llamada.

La damita perfumada se volvió hacia Sebastian, tendiéndole el blanco auricular.

—Es para usted.

—Oh, gracias...

Era Isaac Donner.

—¿Rufus?

—Sí, señor.

—Tengo datos para ti. ¿Los quieres?

—Sí, señor, claro...

—Bueno. En la cabaña del Alan Motel se encontraron huellas de Daisy Mackey, cuya defunción hace unas cuarenta y seis o cuarenta y siete horas ha sido reafirmada por Ollingen. También se encontraron algunas huellas, un tanto débiles, de Jerry Howe... Y de Joey Hatton.

—¿De alguien más?

—No. Y no pareces en absoluto sorprendido.

—Desde luego que no. Tengo ya una idea bien redondeada respecto a todos los hechos, señor.

—Magnífico. Otra cosa: sabemos lo que decía la nota que le fue entregada a Lucille Howe.

—¡Buena noticia! ¿Y...?

—¿Quieres apuntarlo? Así podrás estudiarla a tus anchas.

—Un momento... —Sebastian sacó su agenda, y el pequeño bolígrafo introducido en el lomo—. Diga, señor.

—Apunta...

Sebastian apuntó. Esto:

«A usted y a mí nos interesa fastidiar de una vez por todas a su marido y a Daisy Mackey. Los dos estamos siendo engañados. La espero fuera, y le aseguro que no se arrepentirá si acude... Pero sola, señora Howe».

—¿No había firma?

—No. Y, claro, las palabras no son precisamente las exactas, Rufus. Oh, por supuesto, el tipo de letra era en mayúsculas.

—Ya... ¿Cómo se portó el camarero?

—Un poco cabezón, al principio... —rió Donner—. Pero luego comprendió le que le convenía.

—Está bien. Gracias, señor —¿Te espero o me voy a dormir?

Sebastian reflexionó brevemente.

—Lo siento, señor: debía esperarme. Charlaremos un rato y podremos irnos los dos a dormir.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea... Está bien, Rufus: te espero.

—No tardaré.

Colgó, se quedó mirando pensativamente el aparato y, de pronto, descolgó el auricular y marcó un número.

Cuando contestaron, dijo secamente:

—Quiero hablar con Gaylor Barrows.

—No está... ¿Quién le llama?

—Para mí siempre está... Dígale que le llama Rufus Sebastian.

El

G-man

oyó como un respingo. Y casi en seguida la voz de Gaylor Barrows:

—¿Sebastian?

—Sí, Barrows.

—¿Qué quiere ahora?

—Tan sólo saber cómo van esas investigaciones, Barrows.

—¡Váyase al demonio! ¿Quién se ha creído que soy? ¿Un adivino, quizá?

—Al grano, Barrows: ¿qué sabemos?

—Escuche, Sebastian: usted sabe que yo no sé mucho de esas cosas. Estoy complicándome la vida por usted...

—¡Déjese de tonterías, Barrows! ¡Quiero ese informe y lo quiero

pronto! No olvide que tengo un testigo de lo que usted intentó contra mí... ¡Y cuidado con intentar nada contra esa testigo!, ¿me oye? Muy bien: ¿qué sabemos?

—¡Nada! ¡Al demonio usted y su trato! ¡No hace ni cuatro horas que empecé a buscar, Sebastian!

—Le concedo ocho horas más, Barrows. Ni un segundo adicional. Mañana, hacia las diez, quiero ese soplo en la Delegación del FBI.

Colgó sin esperar respuesta.

Cuando se volvió. Rae Kelly y Bittelman le estaban mirando como hipnotizados.

Sebastian agitó su agenda.

—Tenemos algo nuevo... ¿Quieren leerlo?

Se acercó a los dos y les dejó leer lo que había apuntado. Se guardó entonces la agenda y preguntó:

—¿Qué opinan?

Rae se quedó sin saber qué decir, definitivamente. Bittelman reflexionó unos segundos, antes de musitar:

—No acabo de comprenderlo bien, Sebastian.

—Pues está bien claro, señor Bittelman.

—¿Sí? Bueno, pues díganoslo, si le parece bien...

—¿Cómo no? Supongo que sí han comprendido que ésta es la nota, más o menos exacta, que recibió la señora Howe cuando estaba con ustedes en el Mozambique.

—Oh, eso sí...

—Bien. Evidentemente, esta nota es... un gancho muy eficaz... La señora Howe tenía ya conocimientos de que su esposo tenía una amiguita llamada Daisy Mackey. Cuando leyó esta nota, llegó a la rápida conclusión de que la persona que se la enviaba también sabía la verdad, y quería su colaboración para que ambos pudiesen escarmentar a Daisy Mackey y a Jerry Howe. Eso encantó a la señora Howe. Ella supuso que se la enviaba un hombre que quizá estaba disconforme con que Daisy Mackey fuese conocida de Howe. Salió del Mozambique, vio al hombre, éste le habló sobre el asunto y dijo que la iba a llevar a sorprender a su esposo con la Mackey, o algo así...

—¿Joey Hatton hizo todo eso? —musitó Rae.

—¿Verdad que no parece cosa suya? Sería tanto como poner al

Pobrecito Hatton al corriente de demasiadas cosas... No. La nota no la escribió él, sino otra persona, que quería que Lucille Howe saliese del Mozambique y se fuese con Hatton. A tal fin, le dio esa nota a Hatton, para que él la pasase a la señora Howe.

—Y..., ¿quién pudo escribir esa nota, Sebastian?

—Bueno, señor Bittelman...: nosotros ya tenemos un montón de hipótesis a ese respecto, ¿no le parece?

—Desde luego.

—Entonces, teniendo en cuenta que Jerry Howe no va a llegar aquí hasta mañana por la mañana, creo que deberíamos aprovechar estas horas para descansar... y pensar.

Buenas noches.

—Yo también me voy...

Paul Bittelman se levantó y se unió a Sebastian en su caminar hacia la salida de la casa. Rae los acompañó hasta la verja, los vio marchar, cada uno en su coche, y se dijo que sería buena idea poder dormir. Y ya no pensaba que el recuerdo del rostro de Rufus Sebastian le produciría pesadillas.

CAPÍTULO VIII

Jerry Howe medía seis pies, tenía los cabellos cobrizos, la frente despejada, los ojos grises, la mandíbula firme, el porte seguro, atlético. A Rufus Sebastian, que con Rae Kelly y Paul Bittelman lo estaban esperando en la quinta de la muchacha, le gustó apenas verlo.

Así, al primer vistazo, Sebastian se dijo que Jerry Howe era el tipo de hombre que podía casarse con la heredera que le viniese en gana.

Sebastian estaba allí desde las ocho de la mañana, es decir, hacía ya dos horas y media. En ese tiempo había husmeado profesionalmente en el dormitorio de los Howe, había recorrido toda la casa, había solicitado de Rae algunas fotografías de su hermana y, en aquel momento, cientos de copias estaban ya circulando por toda la ciudad de Miami.

Howe fue recibido por las tres personas que le esperaban, en la terraza anexa al *living* de la quinta. Lo primero que hizo fue preguntar por su esposa. No parecía excesivamente ansioso, ni se esforzó en simularlo. Sebastian le puso al corriente de todo lo que no formaba parte de sus propias deducciones.

—De modo, señor Howe, que tememos que su esposa haya... seguido un camino parecido al de Daisy Mackey.

Jerry Howe estaba un poco pálido y ciertamente mortificado por el hecho de que hubiesen descubierto tan de lleno sus relaciones con la muchacha del motel, pero cuando Sebastian pronunció las últimas palabras, lanzó una exclamación:

—¡No es posible!

Sebastian lo miró atentamente, con su característica correcta amabilidad.

—¿No es posible, señor Howe? ¿Por qué?

—¡Tengo un telegrama de ella impuesto anoche aquí, en Miami!

Howe miró con curiosidad a las tres desconcertadas personas que le habían recibido, y que a su vez se miraban entre sí.

Sebastian fue el primero en reaccionar:

—¿Un telegrama, señor Howe?

—¡Demonios, eso he dicho! ¡Véanlo!

Metió la mano en un bolsillo interior de su chaqueta, y, en efecto, sacó un telegrama. Sebastian lo tomó cuidadosamente y se lo quedó mirando con curiosidad. Ciertamente: había sido impuesto la noche anterior, hacia las tres de la madrugada, en la estafeta central de la Eastern de North Miami. Era un telegrama conciso, pero bien claro:

«SUFRIDO ACCIDENTE, *STOP*. POR FAVOR, REGRESA.

»Lucy».

Sebastian pasó el telegrama a Bittelman y la muchacha.

—¿Cómo y cuándo ha recibido este telegrama, señor Howe?

—Esta mañana, hacia las ocho. A esa hora, recibí la visita del FBI de Flamingo, que estaban buscando mi cabaña desde el amanecer, en un helicóptero. Me dijeron que el inspector Donner, de Miami, había solicitado que me avisasen respecto a que mi presencia urgía aquí, pues al parecer mi esposa había desaparecido. Los dos mismos agentes que me fueron a buscar a mi cabaña me entregaron el telegrama. Dijeron que había llegado a Flamingo hacia las cinco de la madrugada, y que un empleado de telégrafos puso el telegrama a disposición de la policía, ya que no se tenía dirección en Flamingo de nadie llamado Jerry Howe.

—Entiendo... ¿Qué más, señor Howe?

—Emmm... Bueno, cuando leí el telegrama, me dije que había sido impuesto después de que el inspector Donner, de Miami, pidiese que me buscasen... Yo creí que Lucy había sido ya encontrada, pero que había sufrido un accidente...

—Muy lógico... —asintió Sebastian—, excepto en lo de enviar el telegrama desde North Miami. Siga, señor Howe, por favor.

—Bueno..., no tengo más que decir. Naturalmente, me apresuraré a venir... El FBI me llevó en helicóptero a Flamingo, en

pocos minutos. Allá alquilé otro helicóptero que me ha traído hasta Miami Beach...

—¿Hasta Miami Beach?

—Así es. Concretamente hasta el Bay Shore Golf Course. Soy socio de ese club, señor Sebastian, y sé dónde puede aterrizar un helicóptero. Luego tomé un taxi en la parada de la salida del club... y aquí estoy.

—Bien... Todo encaja de modo correcto, señor Howe..., excepto el telegrama. Supongo que todos comprenden que la firma de un telegrama no significa nada, incluso yo mismo podría firmar Lucy si me pareciese oportuno.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—No sé... Es cosa de pensarlo. Quienquiera que haya firmado ese telegrama, pretende hacernos creer que Lucille Howe está todavía viva.

—¿Y no puede haberlo enviado ella misma, Sebastian? —musitó la damita, que estaba más guapísima y hermosísima que el día anterior.

Sebastian apenas se atrevía a mirarla, del mismo modo que nadie osa mirar de frente al sol mucho rato. Se contentaba con miradas rápidas y breves. Rae Kelly llevaba una falda blanca, un jersey azul y unas sandalias de tacón alto que parecían el pedestal para lo más maravilloso que Rufus Sebastian recordaba haber visto en su vida.

—Yo no lo creo, señorita Kelly.

—¿Por qué?

—Pues... Bueno, dígame usted una razón por la que su hermana, que según parece está en condiciones de enviar telegramas, no esté aquí, en su casa. ¿Por qué no viene?

—Quizá ella tenga... —miró de reojo a Howe, y Sebastian captó la mirada— tenga miedo de alguien...

Sebastian también se hizo entender por la muchacha sin necesidad de que entre ambos demostrasen a Howe que se había sospechado de él.

—Si su hermana tiene miedo de alguien, señorita Kelly, admita que no sería del señor Howe, ya que le ha avisado para que venga... ¿No le parece?

Era tanto como decirle: «Del único que podría tener miedo es de

Jerry Howe. Y en tal caso, no le avisaría, no le llamaría».

—Es verdad...

—Pero es evidente que Lucy tiene algún motivo para no dejarse ver —intervino Bittelman—. De otro modo no estaría escondiéndose.

Sebastian lo miró casi enfurruñado, pero siempre cortés.

—La señora Howe no está escondiéndose, señor Bittelman. Y yo insisto en que ese telegrama puede haberlo enviado cualquiera. Y no me pregunten por qué; ya di antes la única respuesta que se me ocurre: quieren hacernos creer que la señora Howe está viva.

—¿Y usted no lo cree? —preguntó Howe.

—Ya no sé qué pensar, ésa es la verdad. Pero si ella está viva y está en Miami, la encontraremos señor Howe, esté seguro de ello. Hay ya cientos de fotografías de su esposa distribuidas en todo Miami. Tenemos alertados a confidentes, a la policía... Si ella está en Miami, la encontraremos, esté seg...

Rufus Sebastian dejó de hablar y se quedó mirando a la doncella que había aparecido en el umbral de la terraza, mirando a Jerry Howe.

—Señor Howe...

—Sí, Betty: ¿qué ocurre?

La muchacha adelantó unos pasitos. Llevaba una bandeja en la cual se veía un sobre.

—Acaba de llegar un mensaje para usted... Se lo he traído en seguida porque en el sobre pone «máxima urgencia»...

Jerry Howe asintió. Tomó el sobre, dio las gracias a la doncella y ésta regresó al interior de la quinta.

Apenas mirar ya con auténtica atención el sobre, Howe lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Es de Lucy! ¡Ésta es la letra de Lucy!

Rasgó rápidamente el sobre, que Sebastian se apresuró a casi quitarle de las manos. Mientras Howe leía el mensaje, Sebastian mostraba el sobre a Rae Kelly. Se leía allí claramente el nombre de Jerry Howe y la dirección de la quinta. Sebastian frunció más el ceño cuando Rae asintió con la cabeza. Sí: la letra era de Lucille Howe, Kelly de soltera. —¿Podemos leer ese mensaje, señor Howe? —solicitó Sebastian.

—Claro...

Sebastian lo leyó, con Bittelman a su izquierda y Rae a su derecha, notando en su brazo el cálido contacto del cuerpo de la muchacha, que olía a... a... *Okay*: a felicidad. El mensaje decía:

«Jerry querido:

»No importa lo anterior, las cosas que he sabido de ti... Tú sabes que te amo pase lo que pase. Ha ocurrido algo horrible, y tengo mucho miedo... Quiero hablar contigo antes que con nadie, pedirte consejo. Sólo confío en ti, amor mío... ¡Estoy tan asustada que no me atrevo a dejarme ver para pedir ayuda a la policía! Y estoy confusa... Te necesito, Jerry amado. Por favor, espérame esta tarde, a las siete, en Hibiscus Park. Te ama,

»Lucy».

Después de leída la nota por todos, hubo un silencio notable por su duración.

Al fin, Jerry Howe explotó:

—¡Bien, ahí tiene otra prueba de que Lucy está viva, Sebastian! ¡Ésa es su letra, sin duda alguna!

El

G-man

miró pensativamente a Howe, como distraído. Sí. Ya sabía que aquélla era la letra de Lucille Howe; Rae la había identificado. Probar lo contrario requería los servicios de un perito calígrafo del FBI.

—Tendremos que aceptar que su esposa está viva. —Musitó, por fin, Sebastian—. Bueno, creo que eso es estupendo, ¿no le parece? Pero, creo que haré algunas pequeñas comprobaciones...

—¿Qué comprobaciones? —preguntó Howe.

Sebastian continuaba pensativo. Cuando habló, parecía que lo estuviese haciendo para sí mismo:

—Realmente, la señora Howe parece estar muy asustada. Hasta el punto de que le cita a usted a las siete de la tarde, señor Howe...

Es decir, dentro de casi ocho horas.

—No entiendo...

—Su esposa le cita a esa hora, porque le interesa que cuando se vean ustedes sea ya tarde. Posiblemente, le hará esperar, de modo que cuando ella aparezca sea casi de noche... Sí: está terriblemente asustada. Pero ha salido para enviar este mensaje.

—Ha salido..., ¿de dónde?

—De donde esté escondida. Mmm... Respecto a las comprobaciones que antes he mencionado, serán dos. Una de ellas, enviar esta nota a la Delegación del FBI para que la examine un perito calígrafo. La otra, puesto que esto no es correo oficial, sino el envío de una mensajería, será ir allá a preguntar quién llevó la nota para que la trajesen aquí.

—¿Puedo ir con usted?

—Naturalmente, señor Howe.

—Yo... yo también quisiera...

—¿Cómo no, señorita Kelly? Y el señor Bittelman...

—Se me ocurre una cosa —cortó Bittelman—: ¿qué tal si yo llevo el mensaje a la Delegación para que lo examinen?

—Se lo agradezco, señor Bittelman. Es una estupenda manera de ahorrar tiempo y molestias para todos. Pregunte por el inspector Donner, díglele lo que hay, y en seguida le atenderán. Ah: convendría llevar una muestra de la escritura de la señora Howe, claro está.

—Yo la traeré —dijo Rae.

—Si les parece —dijo Bittelman—, yo puedo esperarles en mi casa con el resultado del examen calígrafo...

—Mejor aquí, señor Bittelman. Si la señora Howe decidiese dar un paso inesperado, debemos creer que elegiría esta casa, no la suya.

—Cierto...

—Podemos almorzar todos aquí —sugirió Howe—, mientras esperamos la hora de ir a Hibiscus Park.

—De acuerdo... —aceptó Sebastian—. Y muy agradecido, señor Howe. Lo cierto es que me interesa estar en su casa. Quizá su esposa se decida a llamar por teléfono, y en ese caso, quisiera estar al corriente cuanto antes. De todos modos, puedo asegurarle que el comportamiento de su esposa es... incomprensible, señor Howe.

Jerry Howe alzó las cejas y se rascó la coronilla.

—Así lo creo yo también.

—Bueno, todo se aclarará, ya verán.

—Seguro que sí. Iré a avisar que almorzaremos todos aquí.

—Bien.

Howe entró en la casa de modo que Bittelman y el federal quedaron solos. Sebastian encendió un cigarrillo, mirando complacido a su alrededor. La quinta era más bonita de día que de noche. Se veía brillar al sol en el agua de la cercana piscina... Sebastian se sentía profundamente satisfecho de su trabajo; sin falsas modestias, se dijo que el inspector Donner tenía buenos motivos para confiar plenamente en él.

—Sus relaciones con el señor Howe no parecen muy cordiales, señor Bittelman.

—Oh... Bueno, usted ya sabe...

—Sí... Comprendo que no es muy agradable que un hombre llegue, se convierta en socio de uno y se lleve a la mujer que amamos... No: no es muy agradable.

—En absoluto, Sebastian. No se me puede exigir que aprecie a Howe, ¿verdad?

—Ciertamente que no. Y... ahí llega la señorita Kelly.

Rae Kelly apareció en la terraza taconeando rítmicamente. Por un momento, Sebastian quedó como atontado mirando el delicioso vaivén de las finas caderas.

—¿Le sirve esto, señor Sebastian?

—Pues... Oh... Ah... Oh, sí, sí: la muestra de la escritura de su hermana... Muchas gracias, señorita Kelly.

La muchacha miraba fijamente, y Sebastian, que creyó ver una sonrisa en el verde fondo de los cegadores ojos, se turbó hasta el punto de que estuvo en un tris que no se colocase el cigarrillo en los labios por el extremo de la brasa.

Jerry Howe regresó de dar las órdenes respecto al almuerzo, y los cuatro fueron hacia los coches. Paul Bittelman partió hacia la Delegación del FBI en el coche de Rae Kelly, y ésta, Howe y Sebastian fueron en el del

G-man

hacia North Miami, lugar donde estaba la mensajería.

Subieron por Collins Avenue hasta la 96th Street, límite de

Surfside con Bal Harbor. Por la 96th, cruzando las Bay Harbor Islands, llegaron a Broad Causeway, donde se ahorraron el peaje al mostrar Sebastian su placa. Recorrieron la carretera afirmada en la bahía, y llegaron a la costa ya en North Miami.

La dirección de la mensajería estaba bien clara.

* * *

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

Sebastian acercó más la fotografía al empleado de la mensajería.

—Véala bien, se lo ruego. ¿Está seguro de que esta señora estuvo aquí a enviar un mensaje?

—Caramba, ya le digo que sí... —se amoscó el hombre—. Estuvo en aquel tablero, tomó papel y un bolígrafo y escribió el mensaje. La atendí yo mismo. Y la recuerdo perfectamente porque...

—¿Por qué?

—Caramba, era muy bonita. ¿No tiene usted ojos?

—Los tengo —aseguró Sebastian—. Perdone mi insistencia, señor... mmm... Leather. Se trata solamente de que necesitamos tener la completa seguridad de que esta señora estuvo aquí esta mañana.

—Demonios, ¿cómo tendré que decirlo? Es ella, se lo juro.

—Bien... Gracias. No queremos molestarle más... Ah, una cosa: ¿vino sola?

—Aquí dentro estuvo sola. Afuera, no sé.

—¿Qué hora sería?

—Las nueve.

—Vaya, eso es precisión. ¿Cómo está tan seguro?

—Abrimos a las nueve. Y hacía unos segundos que habíamos abierto cuando ella entró. Demonios, la recuerdo muy bien... Cuando la vi, me dije que el día empezaba bien, si la primera cliente era así de estupenda.

—¿Le pareció nerviosa?

—Pues... Mire, ahora que usted lo dice... Creo que un poco, sí.

—No confundamos: ¿nerviosa... o impaciente?

—Ambas cosas —farfulló el empleado—. Gracias otra vez, señor Leather.

Sebastian colgó el auricular, un poco furioso. No conseguía localizar a Gaylor Barrows, y eso no le gustaba. Conocía al tipo. Si Barrows localizaba al hombre que había contratado particularmente a Joey Hatton, era probable que quisiera liquidarlo, ya que de otro modo, aquel hombre podría perjudicarlo si mencionaba que sabía que Joey Hatton, asesino profesional, pertenecía a la organización de Gaylor Barrows...

Debió meterlo entre rejas la noche anterior. Sí, eso debió hacer. No se debía dejar suelto a un tipo como Barrows, que obraría en todo momento de acuerdo a sus conveniencias, no a las del FBI...

Sebastian se volvió hacia el centro del *living* cuando afuera se oyó la llegada de un coche. Rae Kelly, que estaba sentada en un sillón, desvió sus verdes ojos de él para mirar hacia la puerta; lo mismo estaba haciendo Jerry Howe, que yacía tumbado en el sofá, fumando pensativamente.

—Debe ser el señor Bittelman —susurró Sebastian.

Hacía calor. Afuera lucía un sol cegador y, por entre las persianas, se veían las palmeras, inmóviles; ni un soplo de aire.

Era Paul Bittelman, en efecto. Entró en el *living* bastante excitado.

—¡La letra es de Lucy! —exclamó.

—Lo sabemos, señor Bittelman.

—¿Lo saben? Oh, llamó por teléfono a su jefe y...

—No, no... Simplemente, que en la mensajería nos aseguraron que la persona que envió el, mensaje era la señora Howe. El empleado la reconoció al instante. Casi se enfada conmigo porque insistí.

—Ah... Vaya, yo me sentía bastante acongojado... ¡Menos mal que Lucy está viva, al menos!

—¿Por qué dice «al menos»?

—Bueno... Según parece, otras personas no han tenido la misma suerte, ¿no?

—Se refiere a Joey Hatton y Daisy Mackey, claro.

—Claro.

—¿Almorzamos? —propuso desganadamente Howe.

—Es una buena idea —admitió Sebastian—. Luego, sólo nos quedará esperar a las siete para acudir a Hibiscus Park.

CAPÍTULO IX

Parecía que Rufus Sebastian no estaba de muy buen humor. Gaylor Barrows no contestaba al teléfono.

—Yo te ajustaré las cuentas cuando esto termine, Barrows, ya lo verás...

Debían ser ya las seis de la tarde. Miró su reloj. Sí, las seis y cinco minutos.

Encendió otro cigarrillo y salió a la terraza. Cada vez que lo hacía, al regresar de alguna llamada telefónica, notaba en él el impacto de la verde mirada de Rae Kelly. La muchacha estaba tendida en una plegable de aluminio y lona, bajo la sombra de unas palmeras. Paul Bittelman y Jerry Howe también habían buscado sendas sombras para hacer lo mismo.

Desde luego, la espera no era fácil para nadie. Mientras, según decía Sebastian, todo el FBI estaba moviéndose en busca de Lucille Howe, él estaba allá hecho un parásito, sin hacer otra cosa que tumbarse y llamar por teléfono. Pero a cada uno le toca su parte en el juego, y a él le correspondía estar allá, esperando acontecimientos, o una posible llamada de Lucille Howe, o quizá su propia aparición en su casa...

—¿Qué hora es, señor Sebastian?

—Las... las seis y seis minutos, señorita Kelly.

—Parece usted preocupado... ¿Algo va mal?

—No, no...

¿Para qué decirle a la muchacha que estaba efectivamente preocupado por la desaparición de Gaylor Barrows? ¿Y si Rae Kelly pensaba que Barrows estaba al acecho de ella, única testigo de su ataque a un federal? Evidentemente, la muchacha se pondría nerviosa..., y con motivos. Bueno, demonios, ¿por qué no admitir

que ése era el auténtico motivo de su preocupación? Pero si Barrows movía una sola de sus manazas en dirección a Rae Kelly, él le iba a...

—¿Quiere un vaso de... soda..., señor Sebastian?

—Oh, gracias, no... no se moleste...

—No es molestia —sonrió la damita.

No lo era. Apretó un botón y en seguida apareció la doncella.

—Un vaso muy grande lleno de soda, Betty... Pero con unas gotitas de *whisky*. Muy fresco. Es para el señor Sebastian.

—Sí, señorita.

La doncella se fue y reapareció prontamente con lo pedido. Sebastian tomó el vaso de la bandeja, carraspeando de reojo a Rae. Pero Sebastian era un hombre imperturbable. Ante la sonrisilla de la muchacha, se bebió la mitad del vaso de un trago, y se quedó tan satisfecho.

—¿Está en su punto? —sonrió ella.

—Sí, sí... Eeeh... Muy bueno, señorita Kelly, gracias.

—¿Nunca bebe *whisky* solo?

—Oh, sí... Cuando no estoy de servicio soy una esponja... Ejem... Sí, una esponja...

—Nadie lo diría.

—Claro, claro...

Jerry Howe se incorporó de pronto en su tumbona.

—¿Qué tal si salimos ya hacia Hibiscus Park? Estoy cansado de esperar. Esto es fastidioso.

—Comprendo que usted no está acostumbrado... Sí, es fastidioso, señor Howe. Pero usted debía estar algo más... adaptado a esto... ¿No se espera a los patos con mucha paciencia?

—No es lo mismo la emoción de la caza que este estúpido aburrimiento.

—Es verdad... Bueno, saldremos ya. Esperemos que la señora Howe nos pueda ayudar a aclarar los asesinatos de Hatton y de Daisy Mackey... Y que nos aclare su comportamiento tan... tan extraño. Bien: vámonos. Oh, alguien debería quedarse aquí...

—¿Por que?

—Bueno... Quizá su esposa cambie de parecer, y llame por teléfono, o venga aquí...

Bittelman miró hoscamente a Howe.

—Yo me ofrezco a quedarme, Sebastian —gruñó.

—Se lo agradezco, señor Bittelman. La verdad es que he estado a punto de pedírselo, pues me parece el más indicado... La señorita Kelly, y el señor Howe, deben tener grandes deseos de reunirse con la señora Howe, claro. Y yo... Pues creo que debo ir... ¿De acuerdo todos?

Los tres asintieron.

Paul Bittelman se quedó tumbado en la terraza y poco después los despedía desde allí, agitando la mano, cuando los tres salían de la quinta en el coche personal de Jerry Howe. La espera había terminado.

CAPÍTULO X

El coche se detuvo al borde de la carretera nacional 441, como a un par de millas al norte de West Hollywood, en el cruce de la 441 nacional y la 820 estatal. Delante, quizá a una milla, estaba la U.

S. Seminole

Indian Reservation; detrás, a un par de millas, en el cruce, West Hollywood.

El hombre se apeó rápidamente del coche y emprendió el descenso por aquel lado de la carretera. No era demasiado fácil tal descenso. Había muchos arbustos, algunos pinos... El inclinado talud terminaba como treinta pies más abajo, y allá el espesor de los arbustos era aún mayor...

Un par de coches pasaron, algo espaciados, por la carretera, siguiendo la misma dirección que había llevado el hombre, es decir, provenientes de Miami.

El hombre jadeaba ya ligeramente, y sentía unas gotas de sudor en su frente. Algunas ramas se enganchaban en sus ropas, pero eso no parecía importarle demasiado. Bajaba bastante de prisa, siempre sin abandonar las precauciones. Una caída por allí podía ser incluso mortal.

Oía el zumbido de los coches, pasando raudos por la carretera. Por encima de él pasaban los potentes haces de luz cuando los coches que iban hacia Miami pasaban junto al suyo.

Había una buena luz lunar, de modo que el hombre evitaba todavía el uso de la potente linterna que llevaba en una mano. De cuando en cuando, una piedra saltaba bajo su pie, y rodaba hacia el final del talud. En esos momentos, el hombre detenía su descenso, nervioso, y no lo continuaba hasta que llegaba la piedra abajo...

Poco a poco, fue desplazándose hacia el lugar que,

evidentemente, era su objetivo. Cuando llegó ante aquel gran enredo de arbustos, ya no esperó más. Encendió la linterna y dirigió el haz hacia el interior de la maraña de ramas.

La luz dio primero sobre una rodilla. Luego ascendió por el muslo, recorrió el torso y acabó en el rostro de la mujer...

El hombre ahogó una exclamación. Se metió bajo la bóveda formada por los arbustos, y quedó arrodillado junto a la mujer. Iluminó de nuevo su rostro hinchado; la lengua estaba ya negra, los ojos parecían a punto de salir de las órbitas espantosamente abiertos en agónica expresión. El vestido aparecía muy desgarrado; se veían ambas piernas, los hombros, medio seno; todo el cuerpo estaba lleno de arañazos ya secos... Un cuerpo rígido completamente, helado, duro como piedra, de tono lívido...

—Amor... amor...

El hombre dejó la linterna a un lado y alzó el torso de la mujer, abrazándolo temblorosamente.

—Han querido engañarme... Decían que estabas viva, que habías enviado telegramas y mensajes... ¡Han querido engañarme! Pero yo sé que estás muerta, amor... Estás muerta para siempre... Muerta y fría. Pero... ¡pero qué linda estás muerta, nena...!

—¿No cree que estaría más linda viva, Bittelman?

El hombre respingó fuertemente, casi con un alarido de espanto. Se volvió hacia donde había sonado la voz de Rufus Sebastian, vivamente, sin soltar el cadáver.

Rufus Sebastian estaba en la entrada a la pequeña cueva natural del arbusto, mirándolo seriamente. Estaba inclinado, por fuerza, y la luz que pasaba junto al rostro de Paul Bittelman y del cadáver le daba casi de lleno al agente del FBI.

—¡Márchese! ¡Márchese, Sebastian! —aulló Bittelman.

—Nos iremos los dos, señor Bittelman. Y nos llevaremos el cadáver de la señora Howe.

—No... No... Si no se marcha, le voy a matar, Sebastian...

—No diga tonterías. Usted no está armado, y yo sí. Salga ya de ahí, Bittelman.

—Me han descubierto..., me han descubierto... ¿Cómo, Sebastian?

—Ya se lo explicaré. Ahora, salga.

—¿Cómo lo han sabido? —insistió Bittelman.

—Sólo intuición, Bittelman —dijo pacientemente Sebastian—: la misma trampa le tenía preparada a Jerry Howe para esta noche. Primero le dejábamos solo a usted... Si usted era el asesino, sabría que Lucille Howe no podría comparecer en el Hibiscus Park. Pero, nosotros estaríamos esperando tiempo y tiempo... Y ese tiempo es el que ha aprovechado usted para venir a asegurarse de que Lucille Howe continuaba aquí...

—¿Y cómo sabía usted que Lucille no aparecería en Hibiscus Park?

—Porque fui yo quien envió el telegrama a Jerry Howe a Flamingo. Y fui yo quien preparó al hombre que «reconoció» en la foto de Lucille Howe a una clienta de aquella mañana. Y fui yo quien se llevó una muestra de la escritura de Lucille Howe, para que se hiciera una falsificación de ella y se enviase el falso mensaje, que sería dado como auténtico, siempre siguiendo mis instrucciones, por el perito calígrafo de la Delegación. Y he sido yo quien le ha estado esperando, con la señorita Kelly y el señor Howe delante de la quinta, en otro coche, Bittelman, en el cual le hemos seguido.

—No... Ningún coche se ha parado ahí arriba... Sólo el mío...

—El coche no tenía que parar para que yo me apease: salté de él, eso es todo... Y usted ha estado tan absorto en la contemplación de su obra que ni me ha oído ni visto acercarme, Bittelman.

—Si se hubiese equivocado..., si no hubiese sido yo..., Howe habría estado sobre aviso...

—No importaría, porque si usted no hubiese sido el culpable, solamente podría haber sido él. Pero hay otra cosa, Bittelman, que me hizo ver claro: Lucille Howe y usted se veían.

—¡Es cierto! ¡Es cierto! —se animó Bittelman.

—Jerry Howe lo comentó, ásperamente, en cierto momento en que usted no estaba con nosotros. Yo le tenía preparada una trampa a usted y otra a él. Pensaba ir a Hibiscus Park, y a usted le habría seguido un compañero mío. Si usted no se movía de la quinta, a la noche vigilaríamos a Howe, por si era él quien, desconcertado por el telegrama, el mensaje y la identificación del empleado de la conserjería, venía aquí a asegurarse de que Lucille estaba muerta.

—He sido... un estúpido, ¿verdad?

—Eso creo. Debió confiar más en un hombre como Joey

Hatton... Si él le dijo que, como a Daisy Mackey, había estrangulado a Lucille Howe, usted debió estar bien seguro de eso...

—Lucy fue mía... Sí, fue mía...

Lo sé. Por eso, Howe se disgustó con su esposa y se buscó una compañía como la de Daisy Mackey. Jerry Howe se casó con Lucille Kelly por dinero, es cierto, pero aunque no amaba a su esposa, la respetaba. Y, de todos modos, ser el marido de una muchacha tan bonita como Lucille no era ningún sacrificio. Howe fue correcto en todo momento..., hasta que se enteró de que usted y su esposa...

—¡Pero fue solo una vez! ¡Oh, yo le había suplicado y suplicado a Lucy...! Ella se... se divertía... Era muy caprichosa... Un día accedió y...

—Bittelman, no hablemos más aquí. Salga. Sobran explicaciones. Usted contrató a Joey Hatton, y cuando él hubo hecho el trabajo, lo fue a ver, le preguntó dónde estaba el cadáver de Lucille Howe y él se lo dijo... Entonces usted mató a Hatton, se fue en su lancha «Sea» y tiró la «Luger» al mar. Saltó a su propia lancha y dejó la de Hatton a la deriva. Quería que se pudiese pensar que era obra de Howe, que podía haber venido con su lancha desde Los Everglades y volver en aquella misma noche... Igual que lo de marcar el listín telefónico de Daisy Mackey. ¿Quién si no un hombre que visitase a la mujer podía haber señalado el nombre de Joey Hatton? ¿Y qué hombre era ése si no Jerry Howe? Todo muy bien preparado, Bittelman: mueren Daisy Mackey y Lucille Howe a manos de Hatton..., y Hatton a manos de usted. Pero todo acusaría a Howe, quien no podría probar que había permanecido todo el tiempo en su cabaña, o en los pantanos... ¿Correcto, Bittelman?

—Sí, sí...

—Entonces, salgamos de aquí.

—Yo la amenacé..., y continuó riéndose de mí... Entonces, Howe se enteró de algo, se disgustó. Cuando se fue a Los Everglades, yo lo pensé todo... Conocía a Joey Hatton, sabía algo de él... Lo contraté...

—No alarguemos más esta situación. Salga. Bittelman. Yo enviaré a alguien a buscar el cadáver.

—Todo ha salido mal... Hubiese podido quitar de en medio a Howe, enviarlo a la cárcel... Todo el negocio habría sido mío y habría tenido a Rae...

Rufus Sebastian palideció.

—¿A Rae?

—Oh, sí... Quizá la habría convencido para que se casase conmigo... Todo el negocio para mí, y ella mi esposa... ¡Se parece tanto a Lucy! Yo me hubiese hecho la ilusión de que Rae era Lucy...

—Está usted loco, Bittelman —musitó Sebastian.

—Me habría hecho esa ilusión...

—Ante todo, haría falta que la señorita Kelly aceptase casarse con usted. Y, además, todo su plan criminal ha fallado... Salga de ahí de una maldita vez, Bittelman.

Paul Bittelman acarició el rostro de Lucille Howe.

—Qué linda estás muerta, nena, qué linda... Esta bestia de Joey Hatton te estranguló, te tiró desde el coche en este horrible lugar..., ¡pero qué linda estás muerta...!

Rufus Sebastian ya no esperó más. Acabó de entrar en aquella cueva de ramajes y tiró de una mansa de Bittelman.

—Afuera, Bittelman. ¡Vamos, deje ya a la señora Howe! ¡Es un cadáver!, ¿no lo está viendo?

Sí, sí, sí...

—Recoja la linterna y vaya delante mío.

Paul Bittelman obedeció. Recogió la linterna, se agachó y salió de la cueva. Sebastian le siguió, sin molestarse en amenazar al asesino de un asesino con su pistola.

Quizá debió hacerlo.

Estaba todavía saliendo, casi a gatas, cuando vio volverse a Bittelman hacia él, velozmente. Lo que no pudo ver fue la piedra que Bittelman sostenía en la mano izquierda...

Pero la notó.

El golpetazo en la frente fue tremendo; Sebastian, a medio incorporar, cayó de espaldas sobre los arbustos, aplastándolos. Tuvo la impresión de que su cabeza acababa de estallar, de que todo daba vueltas en un espantoso torbellino de ruidos enloquecedores y luces cegadoras... Casi inconsciente, ladeó, apartándose de las matas y rodando los cuatro o cinco pies que faltaban hasta el final del talud...

Le pareció que tardaba un siglo en abrir los ojos, pero cuando lo hizo, Paul Bittelman estaba solamente a mitad de la ascensión hacia la carretera.

—¡Bittelman, vuelva...!

No pudo continuar, porque al gritar, la cabeza pareció a punto de estallarle otra vez. Cerró los ojos unos segundos, notando la sangre que desde su frente se deslizaba hacia la sien, por el lado del ojo, por la mejilla...

Primero se arrodilló; luego consiguió ponerse en pie, y emprendió la persecución de Bittelman con pasmosa agilidad y rapidez, sobre todo teniendo en cuenta su estado físico de aquel momento. Podía haber abatido a Paul Bittelman de un solo balazo, era un tirador excepcional; pero no quería hacerlo mientras tuviese una sola posibilidad de atraparlo vivo. Además, Bittelman estaba desarmado...

La difícil persecución fue claramente favorable a Sebastian, que estaba a punto de alcanzar a Bittelman cuando éste ponía un pie en la carretera. Los dos hombres jadeaban fuertemente. Sebastian estaba ya con las manos en el borde de la carretera, aferrado a la valla protectora, y Bittelman rodeaba su coche, como si temiese que el

G-man

le fuese a disparar, cuando de pronto, dos potentes focos partieron de la oscuridad, por detrás del coche de Bittelman, como a setenta yardas, al tiempo que se oía el rugido de un motor.

Bittelman se colocó un antebrazo ante los ojos y vaciló. La luz le alcanzaba de lleno.

—¡Al... suelo..., Bittelman...!

Pero Paul Bittelman no comprendía, ni veía, ni parecía oír... Sebastian tuvo el tiempo justo de esconder la cabeza cuando el coche cuyos focos tenían atrapado a Bittelman pasaba rugiendo por el centro de la carretera, y de una de sus ventanillas traseras brotaba un chorro de fuego y plomo...

Bittelman se estremeció, como si fuese una masa gelatinosa obligada a vibrar. Dio dos vueltas sobre sus propios pies, siempre derecho, abandonó el apoyo del coche, recibió otro montón de balas y pareció alzado por un huracán y lanzado talud abajo, casi volando, desarticulado, desplazado...

Todavía estaba Bittelman en el aire, cuando Rufus Sebastian asomaba de nuevo la cabeza, al borde de la carretera, prietos los labios, lleno de sangre el rostro... y la pistola en la mano.

Yo te daré...

Disparó dos veces, estando el coche casi a cuarenta yardas, y lanzado ya a toda velocidad. Todo había sucedido en un par de segundos...

Rufus Sebastian oyó el reventón del neumático, vio el coche ladearse, enderezarse, ladearse... Los neumáticos parecían lanzar un agudo chillido de protesta, resbalando sobre la carretera..., hasta que el coche dio el tumbo, pasó por encima de la valla, girando velozmente, desapareció... y resonó en seguida fuertemente abajo del talud; casi simultánea, una gran llamarada, una explosión, una nube de humo negro se elevó hacia el cielo, marcando el emplazamiento del coche.

Desde la otra dirección llegaba ya, también lanzado a toda velocidad, otro coche. Se detuvo bruscamente detrás del de Paul Bittelman, que estaba abollado a balazos, rotos los cristales... Un hombre saltó de aquel coche y corrió hacia la valla.

—¡Sebastian! —gritó—. ¡Rufus Sebastian!

La gran llamarada del coche que había saltado de la carretera debido a los balazos de Rufus Sebastian en uno de los neumáticos, iluminaba la escena. Rae Kelly y Jerry Howe corrían ya junto al agente del FBI.

—Jimmy, mi mano..., ayúdame...

El federal bajó la mirada, vio a Sebastian en el borde de la carretera y se inclinó, asiendo su mano y tirando de ella con fuerza. Jerry Howe le ayudó, y entre los dos subieron del todo al *G-man*

, que parecía incapaz de sostenerse en pie.

—Ve a llamar al... al jefe, Jimmy...

—¿Estás bien, Sebastian, estás bien...?

—Sí, hombre, ve...

Su compañero corrió hacia el coche en el cual habían estado siguiendo a Paul Bittelman, cambiándolo por el de Howe muy cerca de la quinta, para que Bittelman no pudiese reconocerlo.

—Howe, por favor...: hay un extintor en el coche... ¿Quiere mirar si puede apagar el incendio...?

—Lo intentaré, Sebastian... ¿Y Lucille?

—Está... ahí abajo.

—Entiendo... —Howe inclinó la cabeza—. Procuraré apagar ese

fuego.

—Gracias... Luego... luego subiremos a su esposa...

—Está bien, Sebastian, está bien...

Jerry Howe fue hacia el coche, a por el extintor. Sebastian quedó apoyado en el de Bittelman. Rae Kelly, muy pálida, y con un extraño tono rojo en su rostro debido al resplandor de las llamas, le miraba con los ojos muy abiertos, sobreecogida...

—¿Qué le...? Tiene... tiene sangre... Oh, yo... ¿Está usted bien, señor Sebastian?

—Creo que sí... Esto sólo será otra pequeña cicatriz en mi fea cara... No se ha perdido nada cosa, señorita Kelly.

* * *

Isaac Donner se acercó a Sebastian, que miraba el ir y venir de agentes y camilleros. Las luces giratorias de las ambulancias manchaban de rojo el asfalto. Se habían colocado focos que iluminaban el talud. Los hombres de un coche de la Highway Patrol ordenaban el tráfico por el lado opuesto de la calzada, impidiendo la detención de los coches en el lugar del suceso.

—Efectivamente —dijo Donner—: Gaylor Barrows y dos tipos llamados Rom Casey y Alfred Kings... No están muy quemados, pero sí completamente muertos. Buenos disparos, Rufus.

—Pero ellos se cargaron a Bittelman.

—Barrows descubrió que había sido él quien contrató a Joey Hatton, y lo consideró peligroso. Eso es todo.

—No. No es todo... Había otra víctima en perspectiva, señor.

—Pero tú la habrías defendido, ¿no es así? —sonrió levemente el inspector-jefe del FBI.

Rufus Sebastian miró hacia la ambulancia donde estaban colocando el rígido cadáver de Lucille Howe. Junto al vehículo se distinguía perfectamente la bonita y grácil silueta de Rae Kelly.

—Sí, señor.

—Ésta ha sido una mala jugada para ti, ¿no es cierto, Rufus?

—Creo... creo que sí.

—Bueno... Ya verás como la olvidas pronto... Es la más preciosa chica que he conocido jamás, pero...

—Pero yo soy el tipo más feo que conoció jamás. ¿No, señor?

Isaac Donner palmeó un hombro a Sebastian.

—Sí, Rufus. Pero eres un hombre... sensacional. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

—Ve a descansar. Mañana, bien tarde, preséntate en la Delegación para redactar el informe...

—Lo escribiré esta noche. Se lo dejaré en su mesa. Luego iré a dormir un par de horas... Y por la mañana, asistiré al sepelio de Lucille Howe. Entonces, iré a verle, señor. —Como tú quieras, Rufus.

ESTE ES EL FINAL

—¡Pase!

La puerta se abrió y Donner sonrió al verlo.

—¿Qué tal, Rufus?

—Muy bien, señor.

—Siéntate... ¿Cómo fue el entierro?

—Muy triste.

—Claro... Bien... Oye: muy bueno tu informe, ¿eh?

—Gracias, señor.

—¿Has dormido?

—Algo más de dos horas. Y aquí estoy de nuevo, dispuesto a trabajar.

—Hombre, no exageres. Anoche... Perdona.

Donner atendió la llamada del teléfono. Y tendió el auricular a Sebastian.

—Para ti.

Sebastian tomó el auricular, carraspeó... —Sebastian— dijo, —
¿...?

Rufus Sebastian enrojeció.

—Oh, sí... Eeeh... Sí, soy yo, yo... Oh, vaya, ¿cómo se siente, señorita Kelly?

—¿...?

—Bueno, me alegro... Todo pasa, ya verá, señorita Kelly...

—¿...?

—Ah... Oh, bueno... Oh, oh... Sí, señ... Sí, Rae. —¿...?

—Sí, Rae.

—¿...?

—Oh, pues... —Sebastian se tocó el parche que llevaba en la frente—. No es nada, no... Ya le dije que sólo sería una... una pequeña cicatriz más en mi feo rostro...

—¿...?

—Pu... pues... no sé...

—¿...?

—Bueno... —tapó el micrófono, miró a Donner y carraspeó—: Jefe, ¿puedo..., podría tener libre... el día de hoy?

—Seguro que sí, Rufus; te lo iba a proponer.

—Gracias, señor... ¿Rae?

—¿...?

—Sí, lo tengo libre, sí...

—¿...?

—Oh, sí...

—¿...?

—Sí, en... en tu casa a... a las...

—¿...?

—¿Ahora mismo? Bueno, sí...

—¿...?

—Hasta... hasta ahora...

Colgó y se quedó mirando al radiante día, por la ventana, con expresión estupefacta.

—Bueno, ¿de qué se trata, Rufus?

Los ojos azul-felino de Sebastian miraron, brillantes de alegría, a su jefe.

—¿Puede recomendarme un buen oculista, señor?

—Seguro... ¿Qué te ocurre?

—A mí, nada... Pero me temo que la seño, que Rae Kelly necesita unos gruesos lentes... O los necesita usted, por decir que soy feo... Esto... Sí, demonios, uno de los dos necesita lentes... ¡Y no seré yo quien lo lamente!

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] «Sky» significa cielo, en inglés. «Sea» significa mar. De ahí el juego de palabras que hace el autor escribiendo que la «Sea» (Mar) debía estar en el mar. (Nota editorial). < <